

# Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



## Capítulo VII



El aire fresco de la noche permanecía en silencio, salvo por el chillido lejano de un búho. Estrellas Iluminaban los sombríos terrenos de la abadía y el tenue resplandor de varias lámparas de aceite brillaba desde las ventanas de los dormitorios de dos pisos. Al otro lado del patio, una hilera de vidrieras resplandecía igualmente, pero con gran intensidad: la catedral estaba viva.

En el interior de la reluciente iglesia, y elevándose majestuosamente sobre sus cabezas, un intrincado fresco, manchado de hollín, adornaba su bóveda. La pintura se extendía por casi toda la parte superior de la catedral. Debajo, dos hileras de enormes pilares de piedra se alineaban cerca de los muros exteriores y recorrían toda la longitud del ala principal. Juntos, sostenían arbotantes que se elevaban hacia el cielo y se perdían en el techo. El mismo diseño robusto se encontraba en las cuatro alas de la catedral y, donde las alas se unían —en el espacio abierto y compartido entre ellas— se erigía un altar elevado con cubierta. Tapices y cortinas colgantes adornaban el dosel de madera tallada del altar, y la pieza central sagrada se asentaba sobre una sólida losa de piedra que marcaba el centro del suelo. A ambos lados de la losa del altar, gruesas correas de cuero yacían atadas a argollas de hierro cerradas que sobresalían de la base de piedra.

El cardenal Blasi estaba de pie frente al altar elevado, con un par de altos candelabros de pie que proyectaban una luz parpadeante sobre sus hombros. Completamente absorto en el texto de una pila de páginas frágiles que ahora hojeaba, murmuraba para sí mismo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

sobre pasajes latinos de las traducciones de Naramsin, con las que luego se fugó de los archivos de los Apócrifos . Cerca de allí, los frailes Clodio y Greville esperaban tranquilamente órdenes. Aparte de ellos tres, y el fraile Grate, que se ocupaba de atar la última de varias cuerdas largas de cuero a los ocho anillos de metal de la losa del altar, el La catedral estaba vacía.

Finalmente, Fray Grate se acercó a Blasi. «Las ataduras están seguras, abad; de la más larga a la más corta, de afuera hacia adentro».

Blasi apartó brevemente la mirada de las páginas desgastadas. "¿Qué significa eso?"

Greville dio un paso al frente para intentar explicar la declaración de Grate. "A cada lado de la base de piedra del altar, hay cuatro ganchos. Cada uno de ellos requiere una cuerda atada. Todas las cuerdas deben estar..."

Clodio suspiró; interrumpió a Greville y le dio a Blasi una explicación más concisa: «La losa del altar descansa sobre dos ranuras en el suelo. Si la losa no se retira uniformemente , se enganchará».

Blasi arqueó una ceja, pero no levantó la vista de sus papeles. "¿Y si se propaga?"

Clodio respondió: «Bueno, si se engancha, entonces las ataduras deben reordenarse en orden inverso : de la más corta a la más larga, con sus extremos sueltos cruzados al otro lado del altar. Luego, la losa debe cerrarse completamente antes de invertir las ataduras» de nuevo y reabriéndolo."

"¿Es difícil? ¿Requiere mucha dedicación?"

Clodio se encogió de hombros. "Simplemente largo, el tiempo necesario para cerrar y volver a abrir el foso".

Blasi le informó: "Entonces ahora te encargo la tarea de asegurarte de que la losa "No se queda atrapado". Clodio se puso rígido mientras Blasi continuaba: "Y, por supuesto, os haré responsables a ambos de cualquier aborto espontáneo".

Clodius se quedó boquiabierto y miró a Greville, quien fruncía el ceño ante la sutil sonrisa de Grate. Se removió incómodo antes de aclararse la garganta. —Si me permite, Su Eminencia, no podemos asegurar que la losa no se quede atascada.

Blasi bajó lentamente las páginas y se volvió hacia él con los ojos entrecerrados. Tanto Clodius como Greville encontraron, bajo la ceja de acero del Cardenal, lo que parecía ser la mirada fría, vacía y decidida del mismísimo Diablo. El ojo ciego de Blasi los traspasó, como si quisiera verlos a todos a la vez.

Clodio apartó rápidamente la mirada, dirigiéndose en cambio hacia el altar mientras suplicaba a Blasi: «El altar nunca ha sido movido. Solo conocemos el método de Trasladarlo a través de los antiguos registros de la abadía. Presumir que lo lograremos...

Blasi lo interrumpió; sus palabras denotaban una creciente impaciencia: «Ahora están ante mí, no en el dormitorio, porque siguen gozando de mi beneplácito. Ambos desean ser los nuevos guardianes de las catacumbas, ¿verdad?».

"¡Oh, en efecto!", exclamó Greville, "Y humildemente estamos a su servicio".

Clodio miró fijamente a Greville antes de responder: "Sí; sin embargo, si le place, su

## Eminencia-

—¡Entonces, asegúrate de que la losa no se enganche, sí! —ladró Blasi.  
Clodio suspiró, pero accedió. —Así lo haremos, Su Eminencia.

De repente, las puertas dobles exteriores del ala del oratorio se abrieron de golpe cuando el capitán Bourne condujo dos columnas de sus soldados más fuertes hacia la iglesia, y por el pasillo central que Las largas filas de asientos escalonados dividían el espacio. El retumbar de las botas de un centenar de soldados resonó en el oratorio de la catedral. Finalmente, el capitán les ordenó detenerse y los soldados se quedaron inmóviles. Mientras su voz se alejaba, resonando en los vastos recintos de las alas de la iglesia, un nuevo silencio se apoderó de la catedral.

El cardenal Blasi y los tres frailes de la abadía observaron cómo se acercaba el capitán Bourne. El capitán se detuvo frente a ellos, se rascó la mejilla y se puso las manos en las caderas. Recorrió la catedral con un par de ojos verdes y escrutadores, inspeccionando principalmente la altar con sus cuerdas atadas. Luego, intercambió miradas con cada uno de los frailes antes de volverse hacia Blasi. "¿Comenzamos?"  
Blasi volvió a prestar atención a las páginas de Naramsin mientras respondía: «Enseguida, capitán. Sin embargo, hay varios detalles importantes y bastante significativos con respecto al altar. Fray Clodio se los hará saber ahora».

Clodio captó la señal y dio un paso al frente. "Ah, sí, capitán", dijo. El monje le explicó a Bourne la importancia de tirar de la losa del altar de manera uniforme, de modo que no se bloquea en su lugar. Juntos caminaron alrededor del altar durante casi tres minutos mientras Clodio le informaba a Bourne lo que se requería de él. El monje continuó: "Por lo tanto, la posición de tus hombres es de suma importancia, ya que se enfrentarán por el espacio una vez que comencemos". Bourne observó las ocho largas ataduras que yacían en el suelo, en una disposición precisa de cola de milano, extendiéndose hacia afuera de la losa. "Como ya sabes", agregó Clodio, "la tarea de mover el altar es algo compleja, en verdad, más de lo que uno podría deducir por las apariencias. Sin embargo, necesito noventa y ocho de tus hombres, ni más ni menos. Ahora bien, ¿cuántos tienes? ¿Estás listo?"

—Basta —afirmó Bourne.

—En efecto —dijo Clodio, frunciendo el ceño y alzando la barbilla—. Ya veo. Examinó con detenimiento la desfigurante cicatriz en la mejilla de Bourne.

Bourne se inclinó hacia adelante y susurró: «Cuidado con tu mirada justa, fraile; no sea que me obligues a salvar las apariencias delante de mis hombres». Clodio miró por encima del hombro de Bourne a Descubrió dos columnas inquebrantables de la Guardia Real que lo observaban fijamente.

—Bueno, entonces —dijo el monje, con un bufido, y se dio la vuelta, desanimado—. ¿Organizamos... a tus hombres?

—Colócalos como mejor te parezca, sacerdote —dijo el capitán Bourne, señalando a sus soldados con un lento movimiento de su mano extendida.

Clodio miró al cardenal Blasi, quien asintió con aprobación.

Así pues, Clodio se afanó en colocar ocho filas de soldados sobre las cuerdas de cuero. En total, cuarenta hombres aseguraron las dos cuerdas exteriores, veinticuatro sujetaron el siguiente par exterior, veinte sujetaron el siguiente interior y catorce sujetaron las cuerdas más internas. Bourne colocó al último de sus hombres, aquellos a los que no se les asignaron posiciones en Las ataduras, fuera de la catedral, para proteger cada una de sus tres entradas. Todas estaban en posición; todas estaban listas. Y en el silencio que siguió envolviendo la iglesia, Clodio se colocó detrás de las ocho filas de soldados, inspeccionando la alineación de cada fila con respecto a la posición del altar. Finalmente, se apartó, miró al fraile Grate desde lejos asintió. Grate le susurró algo al cardenal Blasi, quien levantó la vista de sus papeles e hizo una señal a Bourne con un gesto de la mano. En respuesta, Bourne se volvió hacia sus hombres y gritó órdenes mientras rodeaba sus filas. "Cada hombre ¡Tira! ¡Cada fila se mueve al unísono! ¡Todas las filas mantienen el ritmo juntas: un tirón de tres tiempos; un descanso de tres tiempos! Se detuvo detrás de ellas y juntó las manos en la parte baja de la espalda. "¡En mis marcas!" Las cuerdas tensas se tensaron. "¡Arriba!"

Noventa y ocho soldados se esforzaban. Ocho cuerdas crujían. Sin embargo, el altar se mantenía firme. Blasi frunció el ceño a Clodio. Greville se retorció incómodo.

"¡Arriba!" De nuevo, los soldados se apoyaron en las cuerdas mientras el ruido chirriante de seis toneladas de roca deslizándose resonaba en el suelo de la catedral.

"¡Arriba!" —y unos centímetros más.

"¡Arriba!" —y aún más.

"¡Arriba!"—más.

"¡Tirón!"

Preparado y como el tamborilero de un barco que dirige el esfuerzo de los remeros, Bourne mantuvo su ritmo. Sus soldados eran un coro de siseos y gemidos. Y con cada nueva llamada de Bourne, La losa dejó al descubierto un suelo más sucio. En el lado opuesto del altar, frente a Bourne, Blasi vio cómo un agujero rectangular se hacía visible gradualmente, exhalando décadas de humedad acumulada. Finalmente, con un pozo profundo completamente expuesto, un fuerte golpe resonó. a través de la iglesia.

—Ya está hecho —le informó Clodius a Blasi—. La losa no se puede extraer más. Blasi hizo un gesto a Bourne mientras se dirigía hacia el foso abierto.

"¡Liberen!", gritó Bourne. Los soldados soltaron las ataduras; el sudor brillaba sobre los brazos agotados; varios hombres se desplomaron al suelo mientras otros se inclinaban, jadeando con dificultad. Sin embargo, La mayoría de los hombres permanecían erguidos, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, jadeando frente a un techo cubierto de ángeles pintados.

Los frailes Grate y Greville bordearon el mugriento borde exterior del agujero con varios candelabros altos de piso. Blasi inspeccionó el hueco ahora iluminado. Con doce pies de profundidad, el pozo se extendía dieciséis por doce pies. Sus cuatro paredes estaban cubiertas de una resina negra, que se asemejaba a una fina capa de ceniza de carbón depositada en la superficie interior de

Un conducto de chimenea muy usado. Aun así, incluso bajo la suciedad, Blasi divisó un detalle similar grabado en el centro de cada pared: cruces grabadas, cada una con tres círculos concéntricos que encerraban su centro. Sin embargo, lo que lo cautivó —lo que le aceleró el corazón y la respiración hasta casi provocarle un desmayo— fue aquello que se distinguía del pozo visiblemente carbonizado.

Una piedra rectangular, negra y brillante, con bordes bien definidos y esquinas afiladas, emergía del centro del suelo de la cavidad. Los lados vítreos de la piedra reflejaban la luz del candelabro; la piedra parecía un bloque vertical de ónix pulido, de dos metros de alto, un metro y medio de ancho y un metro de profundidad. Sin embargo, a pesar de su solidez, el monolito presentaba un único orificio impecable y sin obstrucciones de sesenta centímetros, que atravesaba el centro de la cara más ancha de la piedra. Completamente, hileras e hileras de grabados Inscripciones geométricas cubrían sus superficies exteriores, incluso el interior curvo de su enorme agujero.

En su mente, Blasi consideró las semejanzas de los bocetos apócrifos con el Auténtico artefacto, que ahora se alzaba ante él. Completamente cautivado, paseaba alrededor del foso, con un brillo reluciente en su único ojo funcional. Su mirada era vacía, tal vez incluso para revelar la expresión de una verdad abrumadora que disipaba toda duda o incredulidad: el infierno era real, con su imponente puerta de piedra frente a él.

Desde lejos, el capitán Bourne le gritó a Blasi: "¿Y qué más se puede hacer?" "Ah, sí. Lo haremos", murmuró el Cardenal, aparentemente hipnotizado por la imagen de la Piedra de la Puerta, mientras los recuerdos de sus hermanos muertos capturaban sus pensamientos, acelerados. su corazón, y despertó en él un profundo odio hacia el rey Eduardo de Inglaterra. Y en ese instante de recuerdo y amargura, recordó la voz perdurable del espíritu de Jean Jacques Blasi, que le decía: «Esconden secretos, un arma para destruir al rey inglés. Debes tomar las riendas de esta arma, François. Debes usarla contra él».

—¿Y bien? —preguntó Bourne con creciente impaciencia.

Blasi rompió su trance y dio instrucciones a gritos: «Fray Grate, una vez dentro, necesitaré luz suficiente para ver. Y usted me acompañará». Luego se dirigió a Bourne: «Necesito una cuerda y varios de sus hombres para bajarme por la borda». Monjes y soldados se mantenían ocupados.

Poco después, Clodio y Greville se reunieron junto a Blasi, que ahora estaba de pie mirando hacia el cielo. Páginas de Naramsin. El Cardenal se volvió y se dirigió a Clodio antes de confiarle la pila de papeles: «Sabes la importancia de estos pergaminos. Ahora, ten cuidado con ellos; son delicados. Y NO los dejes caer, pues los tengo ordenados con precisión».

—En efecto, Su Eminencia —dijo Clodio, tomándoselos de las manos. Sus ojos ávidos recorrieron las frágiles páginas, asombrado de tener en sus propias manos aquel texto antiguo.

Blasi añadió, dando instrucciones: "Me las entregaréis cuando yo os las pida".

Bourne caminó junto a un soldado que arrastraba una cuerda hacia el pozo. Tres soldados lo siguieron. Al borde del agujero, los soldados bajaron la cuerda por el costado y ayudaron a bajar a Blasi por debajo del suelo. Detrás de ellos, el fraile Grate se apresuró a avanzar con un pequeño candelabro de siete llamas. Al detenerse bruscamente, su sandalia resbaló sobre la mugre que cubría el agujero y estuvo a punto de caer al abismo. Allí se quedó, sosteniendo la luz y colgando del borde, con el puño de Bourne firmemente apretado contra la espalda de su túnica. El capitán lo puso a salvo y siseó por encima del hombro: «Para ser un sacerdote tan animado, desafías a la muerte».

Dentro del pozo, Blasi plantó sus sandalias en el suelo y soltó la cuerda. El cardenal se limpió las manchas de la parte delantera de su túnica, pero el hollín persistía. Observó a su alrededor en penumbra antes de gritar desde abajo: «¡Fray Grate! ¡Trae una antorcha!». Los soldados ayudaron a bajar a Fray Grate al agujero. Blasi se acercó al muro y, con una mano extendida hacia arriba, saludó a Clodio. «Mis pergaminos; dámelos».

Clodio comparó el suelo sucio con su túnica limpia. En vez de eso, le entregó la pila de papeles a Greville. «Dáselos». Greville fulminó con la mirada a Clodio y tomó los papeles. Greville se tumbó boca abajo, al borde del mugriento agujero, y le pasó las páginas a Blasi. Tomándolas, Blasi le gritó a Clodio: «Deseas supervisar las catacumbas de la abadía; sin embargo, están igual de sucias que este pozo. Quizás debería reconsiderar tu nombramiento». Clodio solo frunció los labios y miró hacia otro lado.

Una vez dentro del agujero, Fray Grate levantó el brazo y tomó el candelabro de uno de los soldados, haciendo una mueca de dolor al sentir cómo gotas de cera caliente rodaban por la parte inferior de su antebrazo. —Trae la luz —gritó Blasi a Grate, acercándose a la Piedra de la Puerta.

Mientras el fraile iluminaba la superficie pulida de la Piedra de la Puerta, el Cardenal inspeccionó sus numerosas hileras de grabados distintos pero indescifrables, que no eran ni franceses ni latinos, pero que estaban dispuestos en una fluida presentación que conformaba un lenguaje escrito desconocido incluso para los eruditos más letrados de la época. Cabe destacar que los grabados no eran jeroglíficos, sino figuras geométricas que el Cardenal Blasi había reconocido posteriormente en colecciones de textos que alguna vez estuvieron ocultos en el archivo de los Apócrifos. Blasi le hizo un gesto a Grate para que permaneciera donde estaba. El Cardenal se alejó un poco más desde la cara de la Piedra de la Puerta y se centró frente a los grabados. Directamente en frente de sus ojos, el flujo de símbolos parecía formar un patrón: filas de círculos y líneas que podrían sugerir un ordenamiento de inscripciones que exigían su pronunciación inmediata. Sin embargo, como tantas veces en que Blasi estudió los símbolos idénticos en los libros apócrifos, incluso hasta el punto de sentir que estaba a punto de articular su aparente sonido, lo único que afloró fue la frustración recurrente de no poder hacerlo. Bajó la mirada.

Me quedé mirando las páginas que tenía en la mano, preguntándome por el método que un simple clérigo de la abadía llamado Naramsin había logrado traducir con éxito inscripciones tan crípticas al latín.

Los papeles de Blasi revoloteaban y la llama de Grate parpadeaba en una brisa fresca que, de repente, les acarició los pies calzados con sandalias. Juntos, alzaron la vista y vieron a Clodius, Greville y Bourne observándolos desde arriba. Blasi los despidió y se dirigió hacia la Piedra de la Puerta. Inclino la cabeza, miró a través del agujero y solo vio la tenue pared del fondo del pozo. Apoyó las yemas de los dedos en la superficie de la Piedra de la Puerta y la encontró inesperadamente fría. Volvió a su posición anterior y contempló el monolito, frotándose la barbilla, absorto en sus pensamientos.

Bourne carraspeó ruidosamente, como para expresar una creciente impaciencia. Blasi respondió al ruido, sin siquiera mirarlo: «Esto no es un juego, capitán. Algunas tareas requieren delicadeza».

Bourne resopló, se puso las manos en las caderas y caminó de un lado a otro cerca del borde del agujero. "Es "Una maldita roca estúpida", refunfuñó.

Solo entonces, Blasi alzó la cabeza hacia Bourne con disimulo y entrecerró los ojos. "¿Una roca? ¿Eso es lo que crees que es?"

Bourne reafirmó su afirmación: "Una roca".

Blasi le entregó a Grate la pila de pergaminos y se acercó a la parte del suelo del pozo que estaba justo debajo de donde se encontraba Bourne y le gritó: "¿Quizás podrías prestarme tu daga, aunque sea por un momento?"

Bourne sostenía una espada con empuñadura de hueso, envainada y colgada de su cadera. "¿Y por qué?"

"Ya que deseo compartir con ustedes algo sobre esta 'simple roca', como ustedes la llaman tan fácilmente ."

De pie a poca distancia del capitán, Greville se inclinó hacia el oído de Clodius y siseó: "¡Lleva un arma a la Casa de Dios!"

Bourne desenvainó su espada. Con el pulgar, limpió una leve mancha de la sangre de Iván de su superficie pulida. Clodio, al ver un cuchillo dentro de los sagrados confines de la iglesia, entrecerró los ojos y apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Bourne asintió a Blasi. «Muy bien», asintió, arrojándola al foso. La daga resonó en el suelo junto al Cardenal. «Raspa tu piedra bendita y muéstrame su magia».

Blasi negó con la cabeza mientras recuperaba el cuchillo. «Oh, no lo rayaré. Aun así, podría captar toda tu atención con esta hoja». Se apartó y se acercó a la Piedra del Portal. Luego, hizo una leve reverencia y arrojó el cuchillo por el orificio central.

Bourne escuchó si la daga caía del otro lado del agujero. Nada, como si se hubiera desvanecido. Rodeó el pozo, pero no vio ningún cuchillo en el fondo. Clodius y Greville lo siguieron, ambos perplejos. Finalmente, Bourne informó a Blasi, "He visto mejores proezas de magia en la Corte Real de Su Majestad." Ahora, si me lo permiten; Por favor, devuélveme mi cuchilla.

Al instante, un destello de luz iluminó el techo de la catedral cuando la daga de Bourne se precipitó hacia él, atravesando la manga izquierda de su camisa y perforando la punta de su bota. antes de clavarse firmemente en el suelo de piedra. Bourne cayó de espaldas, con la bota aún clavada. Observó la daga, ahora alojada entre los dedos de los pies, con el mango cubierto por una fina capa de escarcha. Inspeccionó su manga desgarrada y vio una fina línea roja que le recorría el antebrazo. Luego, miró al techo de la iglesia y solo encontró el mural de ángeles y demonios en guerra, y reyes llorando. Con las cejas arqueadas y la boca abierta, Clodius y Greville contemplaron la hoja caída. Blasi permanecía en las sombras del foso, ajeno a lo que ocurría fuera de él. Le respondió a Bourne: «Lamentablemente, capitán, no se puede devolver. La hoja ya no existe».

Bourne rompió la daga por la punta y la sacó de su bota, refunfuñando debajo su aliento; “Inténtalo de nuevo y olvidaré que eres Cardenal”. Un soldado se apresuró a acercarse y extendió una mano para ayudarlo. Bourne la agarró, y el hombre lo levantó apresuradamente. Entonces, el Capitán le susurró al soldado mientras guardaba su daga sin filo en su vaina, “Sargento Armond, es hora de animar a los hombres. Sabes lo que espero. Ahora, ocúpate de ello. Date prisa”. Armond hizo una reverencia y corrió hacia las puertas de la catedral cuando Bourne pasó una mirada inquisitiva por encima del techo mientras le gritaba, “¡Y trae mi casco!”. Armond se detuvo y dio otra rápida reverencia antes de salir corriendo.

Greville le informó a Blasi: “¡La espada ha caído aquí arriba!”

Bourne se acercó con cautela al borde del foso y descubrió a Blasi mirándolo con los brazos cruzados. —¿Sigue siendo una roca, capitán? —preguntó. Sin embargo, Bourne solo le dirigió una mirada inquieta. Blasi se giró y dio instrucciones a Clodius: —Asegúrate de que las ataduras del altar estén invertidas y coloca a los soldados del capitán al otro lado de la losa para volver a sellar el foso. Clodius asintió y se apartó, pero se detuvo y miró a Bourne en busca de aprobación. Bourne asintió y lo despidió con un gesto petulante de la mano. Así, Greville recolocó las ataduras mientras Clodius realineaba a los soldados.

Dentro del foso, el cardenal Blasi había centrado su atención en la Piedra de la Puerta. Y cuando Clodius hubo colocado al último de los hombres de Bourne en las ataduras que Greville había invertido, el cardenal recuperó las Traducciones de Naramsin de Grate e instruyó al monje para que sostuviera el candelabro de una manera precisa: lo suficientemente alto como para que pudiera leer los versos escritos sin que la Piedra de la Puerta le impidiera ver toda su superficie. El repentino estornudo de un soldado resonó en el interior de la catedral y Blasi dirigió una mirada hacia Bourne. «Requiero silencio, capitán».

Bourne dio instrucciones a sus hombres. “¡Ni un sonido!”

Un silencio inquietante siguió, roto solo por la voz clara y mesurada de Blasi , mientras

comenzó a recitar de las páginas en la mano. “Et erit fugerit a voce formidinis cadet in faveam et qui se explicuerit de fovea tenebitur laqueo...”

El tiempo transcurría mientras Blasi rodeaba la Piedra de la Puerta, leyendo en voz alta los versos latinos de Naramsin. Fray Grate colgaba de su manga, con el candelabro en lo alto. Finalmente, Blasi dejó de caminar y se enfrentó al monolito. Luego recitó el último de los versos seleccionados: «—formido et fovea et laqueus super et qui habitator es terrae». Después bajó las páginas y estudió la piedra. Pasó un minuto, luego dos. Finalmente, Blasi y Grate se acercaron para examinar el rostro inalterado de la estatua.

Ya entrado el tercer minuto de silencio, Bourne le gritó a Blasi: "¿Vamos a fingir ahora que vemos un ejército de fantasmas, Su Eminencia? ¿O acaso su piedra podría estar vacía de... ¿Su magia, después del truco del bufón con mi espada?"

Blasi alzó la vista y se dirigió a la sutil sonrisa de Bourne. «Capitán, toda su vida no es más que un instante para esta piedra».

Bourne se cruzó de brazos y respondió con una burla: "Como tu vida, la misma, incluso para un «¡Piedra!»». Los soldados rieron entre dientes. «¡Silencio!» , les regañó.

Clodius y Greville se mantuvieron apartados de Bourne y sus hombres mientras los dos frailes conversaban tranquilamente entre ellos.

—Debo confesar —susurró Greville a Clodio—, que en todos mis años como sacerdote del Consejo Superior, y con todo lo que leí de los registros y descripciones de la piedra, jamás pude llegar a creer que tal cosa existiera realmente bajo este altar. Solo fingía creer en ello. Y estoy seguro de que la mayoría de los frailes del Consejo Superior sentían e hacían lo mismo que yo, solo por temor a una severa reprimenda.

—Ahora lo sabemos —respondió Clodio, asintiendo en dirección al pozo.

“¿Pero de verdad creías que existía, que nuestra abadía protegía semejante piedra?”

Clodio alzó la barbilla. —En efecto, así fue. —Se aclaró la garganta antes de admitirlo—. Sin embargo, reuní la piedra para que tuviera un aspecto diferente al de los bocetos del scriptorium.

—¿Cómo es eso? —preguntó Greville.

Clodio cruzó los brazos y deliberó, acariciándose la barbilla con los dedos antes de responder: «Bueno, la piedra parecía demasiado perfecta en sus representaciones. Solo el cielo lo sabe, pero me pareció más bien algo común, incluso como una reliquia rudimentaria de otra época».

Señaló a Greville con el dedo mientras miraba a lo lejos. “Más aún, me pareció que se asemejaba a esas grandes piedras erguidas de Inglaterra, esas antiguas rocas, dispuestas en círculo; si lo recuerdas.

—Ah, esos; sí, los recuerdo —respondió Greville, señalando al suelo con la cabeza. Luego se dirigió a Clodio: «¿Y qué hay de la Mujer Espectro de la Piedra, con sus ojos negros y su pecaminoso avance hacia hombres desprevenidos? ¿Crees que existe, como afirman el abad Vonig y otros , que es la Madre de los Grotescos?».

Clodio hizo una mueca, como si el interrogatorio de Greville le doliera repentinamente. "¿Cómo...?"

¿Acaso podías dudar de ella? No solo existe, sino que se presenta en carne y hueso; fría y pálida, pero tan viva como tú o como yo. « Presta atención a mis palabras, Greville: la Madre de los Grotescos Demonio es muy real».

Greville negó con la cabeza: «No he visto ni rastro de ella en todos mis años en la abadía. Jamás he soñado con ella, como afirman otros». Se volvió hacia Clodio, alzando una ceja. «¿La has visto?».

Clodio casi se atraganta al exclamar: «¡Jamás pondrás en duda mi fe, Greville! ¡Cuida tus palabras conmigo!».

—Oh, no; jamás supuse que usted... bueno, jamás —exclamó Greville—. Solo me preguntaba si la habría visto. Perdóname. Clodius puso los ojos en blanco y miró hacia las zonas más oscuras de la catedral, quizás buscando al espíritu que recordaba con tanta claridad. Greville se aclaró la garganta y dirigió su atención a Bourne, mientras el capitán rodeaba apresuradamente el foso.

Bourne se acercó a dos soldados que estaban arrodillados cerca del borde del agujero; un extremo suelto de una cuerda de cuero enrollada yacía entre ellos. Le dio un golpecito en el hombro a uno de ellos.

“Retira la cuerda del agujero y hazle un lazo en el extremo , lo suficientemente ancho para que el Cardenal pueda meter el pie cuando pida que lo levanten”. El creciente sonido de pasos atrajo la atención del Capitán hacia el oratorio de la catedral, donde su sargento, Armond, y un grupo de soldados se apresuraban hacia él. Junto con un casco de repuesto, el sargento llevaba un par de ballestas listas en cada mano. Los cuatro hombres que lo seguían llevaban solo una ballesta. Todos estaban equipados con una punta plana, un carcaj de cuero con flechas atado a sus muslos.

Cuando los noventa y ocho soldados, que permanecían de pie sobre las cuerdas del altar, divisaron al sargento Armond y a su pequeño grupo de hombres armados, murmuraron entre sí, con gestos de desaprobación. Todos sabían lo que no debían hacer: abandonar sus puestos o desobedecer órdenes sería un acto imperdonable e irreversible. En consecuencia, el ánimo general de los soldados cambió, como siempre sucedía cuando el capitán encontraba motivos para extremar las precauciones e imponer castigos más severos por desobediencia.

Clodio se acercó a Bourne mientras lo reprendía: «Capitán, su espada puede ser perdonada; sin embargo, ¡estos hombres llevan ballestas! ¡Esta es la Casa de Dios! No puede permitir...»

Bourne se giró y chasqueó los dedos hacia Clodius y Greville, quienes se detuvieron en seco. «¡Ustedes dos!» , exclamó, señalando hacia un muro lejano de la catedral, hacia un par de enormes columnas de piedra. «Pónganse en sus posiciones allí, más allá de esos pilares y contra el muro, no vaya a ser que les alcance una flecha perdida, por casualidad, claro está». Bourne los fulminó con la mirada.

Clodio frunció el ceño al considerar la velada amenaza del capitán. Los dos monjes se alejaron apresuradamente, pasando junto a la hilera de columnas y robando su lugar bajo un gran crucifijo de Jesús tallado en piedra, que colgaba contra la pared. Y allí

Se quedó de pie, con los brazos cruzados, pensativo.

Bourne se volvió hacia Armond y recuperó el casco de repuesto. Mientras se lo colocaba, susurró a los ballesteros: «Ya saben lo que espero: sin excepciones. Sin embargo, no...» El daño recae sobre los sacerdotes. Y si alguno de ustedes llegara a herir al Cardenal y sus pergaminos, entonces me aseguraré de que te corten los pies y se los den de comer a los perros.» Bourne los escrutó a los ojos y los arqueros se inquietaron; pero el sargento se mantuvo firme. El capitán se dirigió a él señalando un área despejada cerca de la entrada del oratorio: «Coloca a tus hombres allí con precisión».

—Sí, capitán —dijo Armond, haciendo un gesto obsceno con la mano y dirigiéndose a los hombres—. Sígueme.

Bourne observó cómo Armond se llevaba a los soldados; y en un instante, el capitán reflexionó sobre el joven y experimentado sargento, que parecía asemejarse a una versión de su antiguo yo ambicioso.

Sin embargo, los noventa y ocho soldados, junto a las ataduras del altar, vieron a Armond y a su único escuadrón de ballesteros con otros ojos. Observaron cómo el sargento colocaba a su pequeño grupo de rodillas, con las armas listas, y les apuntaba directamente. Observaron cómo daba instrucciones a sus ballesteros, señalando con el dedo a los noventa y ocho soldados. Lo vieron gesticular hacia cada una de las tres entradas de la catedral. Lo observaron mientras rodeaba a su recién formado pelotón y apuntaba con un par de ballestas a la espalda de los arqueros arrodillados antes de asentir con la cabeza al capitán Bourne. De igual modo, vieron a su capitán responder a su sargento de confianza con un gesto similar. Aun así, conocían la rutina; y los noventa y ocho hombres estaban ahora completamente obligados a obedecer cada orden.

—¡Se mueve! —gritó la voz de Grate desde el interior del pozo. Bourne se acercó al agujero para inspeccionarlo mejor.

Dentro del hueco, Blasi se acercó a Grate, quien sostenía el candelabro cerca de la cara grabada de la Piedra de la Puerta. En el silencio mortal de un momento prolongado, el fraile susurró: «Ahí». Grate señaló la superficie negra y cristalina, el reflejo de las altas y quietas llamas del candelabro que sostenía en alto. «¿Puedes ver la imagen de los reflejos del fuego; cómo se curvan?». Y aunque no soplaba ninguna brisa sobre él, Grate se estremeció por un repentino frío que pareció llenar el espacio vacío del foso. Miró a su alrededor. Al mirar por encima del hombro, descubrió que las paredes del pozo ahora brillaban completamente con gotas de agua, que de repente se condensaban contra su superficie sucia.

—Quédate quieto —ladró Blasi. Pasó las yemas de los dedos por la fría superficie de la Piedra de la Puerta; permanecía firme, bastante sólida. Sin embargo, aun así, la imagen proyectada de la luz del candelabro se balanceaba, como si el reflejo de las llamas se moviera a través de las ondulaciones del agua. —En efecto —murmuró Blasi, inspeccionando la superficie con más detenimiento. Luego, se apartó y retrocedió rápidamente varios pasos.

desde la Piedra de la Puerta. "¿Qué es esto?"

Desde una distancia prudencial, Blasi y Grate presenciaron un desarrollo antinatural de los acontecimientos : fila tras fila de las inscripciones grabadas en la Piedra de la Puerta se desvanecían. De derecha a izquierda y de arriba abajo, línea tras línea de símbolos grabados parecían borrarse, dejando en su lugar una superficie lisa de piedra negra y brillante. Y después de que todas las inscripciones desaparecieran de la vista —cuando todas las caras de la Piedra de la Puerta quedaron lisas como cristal negro—, extensas láminas de cristales de hielo iridiscentes se desplegaron para envolver la estatua ahora helada. El frío persistente en el aire se convirtió abruptamente en un frío intenso cuando Los sacerdotes notaron un vaho en el aliento del otro . De repente, se retiraron hacia la pared del foso y observaron cómo las superficies, antes rígidas, de la Piedra de la Puerta comenzaban a ondularse y contraerse, como si todo el bloque cubierto de hielo respirara en muchos puntos como antaño. Un profundo estruendo acompañó una vibración que aumentaba progresivamente bajo sus sandalias, y ambos intercambiaron brevemente expresiones de enrojecimiento y tensión antes de escudriñar el suelo tembloroso.

Fuera del foso, contra el muro del fondo de la catedral, Fray Clodio estaba de pie junto a uno de los muchas columnas enormes; y con los brazos cruzados y un porte altivo, se quejó en secreto al fraile Greville. "En la intimidad del estudio del abad, el cardenal nos seleccionó personalmente a usted y a mí para que lo asistiéramos. En este preciso momento, deberíamos estar en esa pozo, con Su Eminencia." Clodio negó con la cabeza. "A decir verdad, yo debería estar allí abajo, en lugar del fraile Grate; ¡conozco mucho mejor la piedra que él!" Resopló . "Sin embargo, aquí estamos, contra la pared, al margen de todo lo que sucede, como un par de insignificantes muchachos escuderos." Hizo una mueca con evidente disgusto. "Y ese capitán pone a prueba mi paciencia como nadie." Clodio suspiró y apoyó el hombro contra la columna. "Escúchame ahora, Greville; si no fuera tan atento y considerado..."

Clodio apretó la mandíbula y miró la columna en la que se apoyaba. Con delicadeza colocó Con una mano apoyada en ella, luego ambas , después la oreja, y con la cabeza pegada , comentó: «Greville; apoya la mano en este pilar. ¿Greville?». Clodio miró por encima del hombro y descubrió que Greville estaba mucho más lejos de lo que había imaginado. Greville se apoyaba en la pared de la iglesia con una mano levantada, tocando ligeramente la base del crucifijo.

"¡Date prisa!" , le dijo Clodio a Greville con la mano.

Sin embargo, Greville no se apartó del muro. «¡Se mueve!» , exclamó, bajando el brazo y señalando la talla. Clodio se apartó del pilar y se acercó. Greville se llevó la mano a la oreja en dirección al crucifijo, indicándole a Clodio que escuchara con más atención. "¡Oye cómo tiembla!" Clodio se inclinó hacia adelante, ladeó la cabeza y oyó un leve y rápido golpeteo de la estatua al vibrar contra las piedras de la pared. —El pilar también tiembla —respondió Clodio, mirando por encima del hombro hacia la columna que acababa de dejar. Al instante, ambos sacerdotes echaron un ojo inspector sobre la

piso.

Greville habló. "La pared, el pilar, ahora el suelo... ¿quizás toda la iglesia tiembla?"

Clodio alzó la vista hacia el fresco del techo . Con el ceño fruncido, comentó : «No es bueno para el mural».

Clodio examinó la imponente pintura, situada en lo alto. En su centro, muy por encima del altar de la catedral, los retratos completos de tres reyes yacían rodeados por un anillo de llamas azuladas. Más allá del círculo, rodeándolo por completo, se encontraban imágenes de ángeles guerreros con espadas, escudos, corazas y cascos. Como un ejército aéreo, estos ángeles parecían defender a los tres reyes de una horda de demonios alados, todos ellos con rasgos grotescos similares a los de las diversas estatuas de piedra que adornaban las terrazas superiores del techo exterior de la catedral.

Greville le susurró a Clodio: «Dime, por favor, ¿qué pasaría si no es quien dice ser, si, en cambio, está aliado con el Mal?».

Clodio hizo una mueca y se giró lentamente. —¿Y a quién te refieres?

—¡El Cardenal! —exclamó Greville—. ¿Y si pretende algo más que invocar espíritus contra los ingleses? ¿Y si es el mismísimo Diablo, y ha venido a la Abadía solo para abrir la piedra?

Clodio retrocedió. "¿Has perdido la cabeza? ¡Estás diciendo herejías! ¡Por Dios , es un cardenal de Aviñón!"

Greville continuó: "Y yo soy un fraile del Concilio Inferior, pero no estoy familiarizado con los pasajes que recitó. ¿Los recuerdas?"

Clodio se inclinó hacia Greville y lo reprendió: «No es solo un fraile del Concilio, sino un cardenal del Concilio, ¡con la traducción completa de la piedra en su propia mano!».

¿Acaso no estaría él mucho más versado que cualquiera de nosotros en lo que respecta a la Piedra de la Puerta?

—Aun así —insistió Greville—, ¿conoces alguno de los pasajes que recitó?

Clodio lo agarró del brazo y le susurró al oído la causa de la vibración en el suelo de la catedral: era el galope de los caballos que corrían fuera de la iglesia. Luego soltó a Greville y lo amenazó: «¡No pongas a prueba mi paciencia! No toleraré más tus acusaciones heréticas contra nuestro nuevo abad. ¡Recapacita o nos harás perder a ambos nuestros merecidos puestos como guardianes de las catacumbas!».

Greville despidió a Clodius con un suspiro petulante antes de apartar la mirada. El fraile reprendido se cruzó de brazos y fulminó con la mirada a los soldados junto al altar, que ahora miraban fijamente al suelo tembloroso. Algunos susurraban con evidente preocupación y todos los soldados vacilaban ligeramente, inquietos por el viento.

Bourne se encontraba con tres soldados cerca del borde del foso y dirigió una mirada severa a sus nerviosas filas antes de gritarles: "¡Silencio! ¡Cállense la lengua o..."

El próximo hombre hará una hermosa pasión en mi poste de castigo. Se giró. «Armond, prepárate ; ¡armas listas!». Volvió a girar. «Todos ustedes deben mantener su atención en mí, no en los demás, ni en el suelo, ni en los sacerdotes, ¡solo en mí!». Casi un centenar de soldados se quedaron inmóviles, como estatuas, con los ojos fijos en el capitán. El único movimiento evidente, en ese momento, ocurrió justo debajo de las botas de Bourne, en el suelo del foso.

Dentro del agujero, el cardenal Blasi se retiró hacia la pared y buscó a tientas una cuerda que colgaba, pero solo encontró una superficie resbaladiza y fría que ahora estaba cubierta de condensación. Fray Grate pasó el candelabro sobre el brillo reluciente del muro mientras buscaba la cuerda. Al instante, las llamas de su candelabro se separaron del muro y en dirección a la Piedra de la Puerta. Grate levantó la cabeza, escudriñó los bordes superiores del agujero y descubrió que, como la luz que sostenía, todas las llamas de las velas de la Los candelabros que rodeaban el suelo también se inclinaban hacia el centro del foso. —¡Capitán! ¡La cuerda! —gritó Blasi, limpiándose un puñado de mugre negra en la túnica y quejándose en voz baja. Luego echó un vistazo rápido por encima del hombro a la abultada Piedra del Portal—. ¡Ahora, si me lo permites! Un soldado bajó apresuradamente la cuerda mientras Bourne le indicaba a Blasi: «Desliza el pie dentro del lazo de la cuerda». Blasi agarró la cuerda, cuando...

“¡Psss!” El repentino sonido de una ráfaga de aire ensordecedora provocó un silbido implacable que se asemejaba a la ruptura de una chimenea volcánica. Los dos sacerdotes se arrojaron contra la pared. El candelabro de Grate golpeó el suelo del foso y su llama se extinguió. Blasi perdió las traducciones de Naramsin; la pila de páginas se dispersó. De repente, se arrastró por el suelo, incluso a gatas, para recoger las páginas caídas; sin embargo, mantenía una mirada cautelosa sobre la Piedra de la Puerta y el agujero en su centro, que ahora se llenaba con una niebla negra turbulenta. La oscuridad agitada se agitó y humeó antes de derramarse de la Piedra de la Puerta como una densa nube. Blasi agarró la última página suelta y se abalanzó sobre ella. La pared cuando la espesa niebla se extendió sobre el suelo del foso y ocultó sus pies con su oscuridad absoluta. Parecía como si todo el suelo del foso hubiera desaparecido, completamente engullido por las sombras más negras.

Blasi agarró la cuerda mientras láminas de hielo, oscuras por el hollín, se deslizaban por la pared. Él levantó Se quitó la sandalia y forcejeó con el lazo al final de la cuerda, buscando frenéticamente un punto de apoyo. La niebla negra le llegaba hasta las caderas. «¡Tira, Dios mío! ¡Sácame de aquí!». Se metió las páginas de Naramsin entre los dientes y se aferró a la cuerda. Grate gritó mientras avanzaba a grandes zancadas a través de la nube corrosiva. “¡Arde! ¡Es fuego!” La voz de Bourne ordenó desde arriba: “¡Ustedes dos, tiren de la cuerda! ¡Ustedes, busquen otra! ¡Muévanse!”

“¡Ahora!” , gritó Blasi entre dientes apretados. Los soldados comenzaron a sacarlo del agujero incluso cuando le aparecieron ampollas de sangre en las piernas. Grate saltó sobre Blasi y el

Un tirón repentino del peso adicional lanzó a uno de los dos soldados, gritando, de cabeza al abismo, atravesando la niebla con un golpe seco y repugnante. El otro soldado gritó cuando la cuerda, que se soltó rápidamente, le quemó el interior de las manos. Juntos, los sacerdotes se deslizaron de nuevo hacia la nube que les llegaba hasta la cintura.

“¡Maldito seas, Cardenal!” gritó Bourne mientras agarraba la cuerda para reemplazar a su soldado caído. Convocó a otros seis hombres. “¡A esta cuerda! ¡Ahora!” Pies apresurados y la cuerda se tensó en el mismo instante en que Blasi apartó a Grate de un empujón. El sacerdote tropezó hacia atrás y desapareció bajo la densa niebla. Solo, sujeto a la cuerda, Blasi se deslizó por la pared del foso. Los soldados lo pusieron a salvo mientras arrojaban una segunda cuerda al agujero. Blasi rodó sobre su espalda y se agarró los muslos. Manchas oscuras se filtraban a través de las partes planchadas de su ropa. Se puso rígido de dolor y jadeó en busca de aire, con las páginas aún entre los dientes apretados. Un soldado se arrodilló sobre él y le agarró el dobladillo de la túnica.

—¡No me toques! —gritó Blasi, haciendo una mueca.

Clodio gritó desde lejos: “¿Qué te pasa, capitán? ¡Saca al fraile Grate de ahí! ¡Morirá!”

Bourne se giró y le gritó a Armond: “¡ Si , mientras señalaba a Clodio, “Si ese hombre Armond se mueve o habla, suéltalo!”

Aún dentro del pozo, Grate se puso de pie a duras penas. Tropezó, tanteando, tosiendo y cegado por la niebla corrosiva que ahora ascendía uniformemente hasta su pecho.

Bourne gritó: «¡Malditos ineptos! ¡No ve! ¡Acerquen esa cuerda ... ¡dámela !». Tiró de la cuerda de sus soldados, rodeó el foso y la arrojó al fondo mientras llamaba a Grate: «Por aquí; sí; caminen hasta la cuerda; sí; sigan viniendo; ¡estoy aquí!».

Grate encontró la cuerda y se aferró a ella, aún ahogándose con la niebla ardiente.

“¡Tira!” , gritó Bourne a la fila de hombres que estaban detrás de él. Todos ellos se inclinaron hacia atrás en el cuerda y Grate se deslizó por la pared del pozo. A medio camino de la seguridad, la piel de Grate se desprendió de sus brazos, pegándose a la pared del pozo como papel mojado. La carne rodó fuera de sus puños apretados. Apretó los puños y se deslizó por la cuerda, cayendo de nuevo en la niebla. Bourne vio el extremo de la cuerda, sin lazo, y gritó: «¡Tráiganme la otra cuerda!».

Una vez más, Grate se puso de pie de un salto, con solo la barbilla por encima de la niebla. Sin embargo, al igual que la piel de sus brazos, ahora desaparecida, la carne de sus orejas había desaparecido, completamente disuelta . Ahora sordo y ciego, corrió frenéticamente alrededor del pozo, sus brazos barriendo sus paredes en busca de una cuerda. Cayó. De nuevo, se puso de pie. Bourne se preparó para lanzar la otra cuerda, pero se detuvo. No llamó al sacerdote; no podía. Ni siquiera reconoció el globo rojo en movimiento como la cabeza de un hombre . Sin embargo, Grate gritó de terror, el tono de su voz ahora terriblemente alterado por la niebla acre. Y si alguna vez hubo una sucesión de gritos que pudieran quedar grabados en la memoria imborrable incluso de los soldados más experimentados...

Desde su posición, los noventa y dos soldados que custodiaban el altar no pudieron ver el espantoso suceso que se desarrollaba en el fondo del foso; solo pudieron escuchar los desgarradores ruegos del sacerdote, cuyos gritos eran los de un hombre quemado vivo. A los soldados se les llenaron los ojos de lágrimas; el corazón les latía con fuerza; la respiración se les aceleraba. Aun así, permanecieron firmes, a la espera de cualquier orden que recibieran.

Los últimos gritos de Grate se desvanecieron hasta convertirse en algo más que gorgoteos antes de que la densa niebla finalmente lo engullera. Bourne se dirigió rápidamente hacia Blasi, que ahora yacía en el suelo. de lado, retorciéndose de dolor mientras hojeaba las páginas, buscando orden en sus versos. Bourne se inclinó y le gruñó: "Un hombre se derritió como una vela en ese ¡Maldita sea! ¡Lo que sea que hayas invocado! —Bourne se inclinó hacia Blasi—. ¿Es ese ese tu bendito ejército de Fantasmas, una niebla negra? Escúchame bien, Cardenal; perdí a un hombre por tu culpa y no perderé a otro. Levántate de aquí y arregla lo que has hecho o haré que mis hombres tapen el agujero. —Se volvió hacia los seis hombres que había llamado desde las ataduras y les ordenó que volvieran a sus posiciones anteriores.

—¡No puedes hacer eso! —protestó Blasi, jadeando—. Debo recitar los pasajes adecuados para cerrar la piedra. ¡Pero no podemos cerrarla hasta que los Espíritus emerjan y yo los convoque contra los ingleses en Crécy!

“¡Pues hazlo ahora! ¡Recita los versículos! ¡Envíalos y yo pondré la losa encima!”

“No hay espíritus que invocar. Dadles ... dadles más tiempo. ¡La niebla no son ellos!”

“¿Cómo puedes estar seguro? ¿Alguna vez has visto un espíritu?”

“¡Yo no! ¡Sin embargo, he visto muchas nieblas!”

“¡Ya he visto y oído suficiente!”, gritó Bourne. “¡Tengo la intención de cerrar la losa, sea verso o no!”

—¡Escúchame, Bourne! —aulló Blasi con dolor—. Cubrir el pozo con la losa no sellará la piedra. Aunque la cubras, bajo la losa permanecerá abierta. ¡Solo los versículos apropiados podrán cerrarla!

“¡O encuentras esos versos tuyos o me convertiré yo en el verso que cierre esa maldita losa!”

—¡No debes! ¡No puedes apresurar la piedra, ni a mí! ¡Por Dios, capitán, mírame! ¡Apenas puedo respirar del dolor! —Volvió a las páginas, hojeándolas con dedos temblorosos mientras las leía—. Un momento más, te lo ruego —gimió, con lágrimas corriendo por sus mejillas y casi enloquecido por el ardor en sus piernas.

“¡No tengo ni un segundo, Cardenal! ¡Esa niebla se levanta ahora mismo! Cuando se derrame por el agujero, habré perdido la oportunidad de cerrar la losa. Mis hombres están en posición y el momento es mío. Ahora, o usted...”

“¡Woosh!” Bourne se giró hacia una repentina ráfaga de aire que provenía del pozo.

“¡Mantengan sus posiciones!” , les gritó a sus hombres. El capitán inspeccionó el agujero tenuemente iluminado, con las llamas de todos los candelabros de suelo a su alrededor ya extinguidas, una brisa helada emanaba del hueco. Sobre la cubierta del altar, los tapices ondeaban al viento constante.

—¡No! ¡Atrápenlos! —gritó Blasi, buscando a tientas las páginas esparcidas por el suelo. Sin embargo, varias cayeron arrastradas por una ráfaga de viento, hasta el fondo del pozo. Se incorporó, apretando un montón desordenado de páginas contra su pecho—. Capitán, ¿cómo espera que ... con este viento... no puedo...? Bourne lo interrumpió, gritando por encima del hombro: "Si fallas, te pondré en peligro". Quedáis arrestados, y volveréis conmigo a París para contarle a Su Majestad el Rey esta abominación que la Iglesia ha mantenido en secreto.

Blasi gimió mientras se ponía de pie tambaleándose. Se alejó del pozo, haciendo una mueca de dolor mientras sacaba las páginas de aquel agujero azotado por el viento.

Bourne gritó mientras se acercaba al foso: «¡Guardias en las puertas, seréis mis portadores de antorchas! ¡Retírense de sus puestos y traigan refuerzos del patio: siete hombres armados para asegurar el exterior de cada una de las puertas que ahora custodian! ¡Infórmenles que cualquier hombre que intente entrar en la iglesia será abatido! ¡Ahora, fuera!» . Inmediatamente, los guardias se apresuraron y tres puertas de la catedral se cerraron de golpe. Bourne miró por encima del hombro. «¡Armond, vigila todo lo que se mueva!». Se giró. «¡Hombres en las cuerdas, listos para tirar al unísono, a mi señal». Entonces, con su daga rota desenvainada, Bourne se acercó con cautela al agujero.

Al otro lado de la catedral, Greville se secó las lágrimas de las mejillas, respiró hondo, levantó la vista del suelo y se volvió hacia Clodio, preguntándole con enojo: «Ahora que Fray Grate ha muerto, ¿crees que el suelo todavía tiembla por el galope de los caballos fuera de la iglesia?».

Clodio lo miró con los ojos entrecerrados antes de cruzar los brazos y apoyar el hombro contra la columna. —Cuida tus palabras, Greville. Salvo que me disparara por la espalda, no podía hacer nada para salvar a Grate. ¿Y por qué no hiciste nada? —Clodio tembló. Él miró su cabeza y continuó: “Además, nunca insistimos en que bajara a ese pozo. La decisión fue solo suya, y la tomó únicamente para ganarse el favor del Cardenal. «¡Ahora, controla tus lloriqueos y baja la voz, no vaya a ser que provoques que nos fusilen a los dos!». Clodio tosió y dirigió su atención al pozo. Se produjo un momento de silencio entre ellos.

Finalmente, Greville susurró: «Algo sucede dentro del foso. Todas las llamas de los candelabros se han apagado. Y siento una brisa constante». Miró fijamente a Clodio. «Deberíamos escabullirnos de la iglesia mientras los guardias no estén en las puertas y el capitán nos dé la espalda».

—¿Lo ves? —Clodius señaló disimuladamente al otro lado de la catedral mientras tosía de nuevo—. No llegaremos ni a las puertas.

Greville miró por encima del hombro de Clodius y vio que Armond les devolvía la mirada fijamente. Greville le susurró a Clodio: «Pero no nos vigilará indefinidamente. Quizás nos sentemos en el suelo y él se dé la vuelta».

Clodio sucumbió a la persistente tos. De reojo, Greville observó la fachada desatendida de la iglesia. Con una mirada de reojo, buscó una vía de escape conveniente, recorriendo completamente el muro exterior. Más allá, divisó la cruz de piedra en la pared, de la cual colgaba la efigie esculpida.

de un Jesús crucificado: la estatua colgante se balanceaba como un péndulo que se mueve lentamente.

Greville se apartó para examinarlo más de cerca antes de exclamar: "¿Lo ves moverse?".

Señalando hacia el crucifijo que se balanceaba, miró a Clodio, que agitaba una mano frente a su rostro y tosía, aún. Solo entonces, en un nuevo ángulo de luz, Greville vio...

Una fina capa de polvo se posó sobre Clodio, descendiendo desde los bordes superiores de la columna. Al instante, ambos sacerdotes alzaron la vista, buscando el origen del polvo.

—Es mortero suelto —afirmó Clodio. Se apartó del pilar, se aclaró la garganta y escudriñó el alto techo antes de volver a mirar a Greville, que permanecía aterrizado, con la mano sobre la boca, los ojos muy abiertos y la mirada fija en el mural del techo. Clodio siguió su mirada y, en la parte más alta del techo, vio a los tres reyes pintados, que parecían haber girado la cabeza y miraban hacia abajo, directamente hacia ellos dos.

—No puede ser —murmuró Clodio, llevándose la mano a la frente—. Es solo un mural.

La iluminación, o quizás el polvo, hace que parezca moverse. Ambos sacerdotes retrocedieron tras la hilera de columnas y se dirigieron hacia la pared de la iglesia. Greville susurró: — Dios mío, ¿qué hemos deshecho?

Tres puertas de la catedral se abrieron y se cerraron de golpe. Bourne se arrodilló junto al foso, mirando hacia sus oscuras profundidades, cuando seis soldados con doce antorchas lo rodearon. Bajo las danzantes llamas de las antorchas, sus cabellos y ropas ondeaban con una suave brisa; y con el agujero ahora iluminado, Bourne se puso de pie de un salto. «¡Retrocedan!» , gritó, agitando los brazos a sus hombres mientras retrocedía unos pasos antes de detenerse a una distancia prudencial para contemplar la sorprendente nueva forma de la Piedra de la Puerta, que ahora dominaba el espacio del agujero.

Bajo la tenue luz de las antorchas y la gélida brisa, se formó vaho en el aliento de los soldados. Bourne examinó una columna turbulenta, que parecía un pequeño tornado estacionario que ocupaba el lugar de la Piedra de Puerta, centrando el suelo de la fosa, ligeramente más alta que el nivel del suelo de la catedral. La parte superior de la columna negra y giratoria era tan ancha como su base; y aunque su centro parecía hueco, el vacío perceptible era demasiado oscuro para ver en su interior. Sin embargo, cerca del borde más iluminado del foso, Bourne notó que la niebla oscura, que antes amenazaba con desbordar los bordes del agujero, ahora comenzaba a retroceder a medida que se hundía contra las paredes del foso, más profundamente en el agujero, como si fuera atraída gradualmente por el torbellino. Y en la niebla que se disipaba, el suelo del foso quedó a la vista, revelando las siluetas extendidas y sin vida de un sacerdote y un soldado. Bourne

Convocó a sus portadores de antorchas. En el viento que se intensificaba, brasas brillantes brotaban de las llamas de las antorchas. Bourne mantuvo su daga desenvainada y lista mientras se acercaba sigilosamente al foso.

Se detuvieron cerca del borde del oscuro agujero. Un soldado alzó su antorcha y señaló hacia abajo. «¡Capitán, aún viven!», exclamó Bourne, observando cómo las figuras sombrías caían de espaldas. Al mismo tiempo, las dos siluetas parecían turnarse para rodar hacia la base del torbellino, acelerando su movimiento a medida que se acercaban. El capitán estaba a punto de pedir que las sujetaran cuando se percató de que no se movían por sí solas. Los cadáveres se deslizaron por el suelo y el torbellino los engulló.

Al instante, unos golpes sordos resonaron entre el zumbido constante del torbellino: golpes sordos, como grandes terrones de barro, chocando repetidamente entre sí. Bourne retrocedió. Observó la pared más cercana del vórtice, mientras formas negras e irregulares emergían, envolviendo su borde exterior, pareciendo perseguirse unas a otras a través de la columna giratoria. Los bordes lisos del torbellino negro dieron paso a una superficie irregular de formas oscuras y desiguales. Entonces, una sola pieza se balanceó, aún unida al torbellino. Girando y girando, la parte sobresaliente orbitó junto a la columna, suelta y completamente extendida. En ese instante, a través del tenue borrón de un movimiento giratorio, Bourne reconoció el objeto volador como un brazo flácido y oscilante, y solo entonces descubrió que toda la columna se había transformado en un torbellino compa colección de partes del cuerpo ennegrecidas y giratorias.

Bourne dejó caer su daga; esta resonó contra el suelo. Levantó las manos en señal de derrota y se dirigió a un soldado cercano con una expresión forzada de satisfacción: «Su Majestad, el Rey, me aseguró que podría disfrutar de mi estancia en compañía de buenos frailes en una abadía pacífica: abundante comida, bendito vino de la abadía, tal vez una cacería de jabalíes y un asado para las tropas...» Bourne agarró el chaleco del soldado, con la mirada furiosa, y señaló con el dedo índice la columna giratoria. «¿Qué demonios es eso?» Bourne apartó al soldado mudo, se alejó y caminó apresuradamente en círculo, apartándose el pelo de los ojos mientras escudriñaba los rincones más alejados de la catedral. «¡Basta ya! ¿Cardenal? Armond, ¿dónde está el Cardenal?»

Al otro lado de la iglesia, el sargento Armond se secó un ojo lloroso con el brazo. Maldijo entre dientes la fina capa de polvo que descendía lentamente desde arriba, cubriéndolo a él y a su pequeño grupo de ballesteros. «No veo al Cardenal, Capitán», exclamó Armond, parpadeando mientras recolocaba sus dos ballestas sobre las espaldas de sus hombres.

¡Crash! Una gran piedra cayó del techo, estrellándose contra el suelo, a pocos metros del pelotón. Dos de los ballesteros se pusieron de pie de un salto. Armond se abalanzó hacia adelante. "No me obliguen a tomar medidas", gruñó, presionando una ballesta contra la nuca de los hombres. "Tomen sus posiciones". Los hombres volvieron a ponerse de rodillas.

Apuntaron con sus armas a los soldados atados a las cuerdas. Armond retrocedió, con ambos arcos apuntando hacia ellos. Sin embargo, su mirada estaba puesta en otra parte: en los dos frailes al otro lado de la catedral, para no perder de vista a otro sacerdote y decepcionar aún más a su capitán.

Clodio y Greville se removieron nerviosos mientras miraban hacia las puertas de la iglesia. De repente, se giraron y vieron a Armond dando instrucciones a uno de sus ballesteros, y el soldado arrodillado blandió su arma hacia los frailes.

—¡Nos va a disparar! —exclamó Greville, agarrando a Clodius con fuerza por la túnica. Clodio lo reprendió: «¡Quizás sí, por tu culpa!». Apartó a Greville de un empujón. «Ya que no puedes controlarte, ahora nos apuntan con una ballesta a los dos». Resopló, alzando la nariz hacia el techo con evidente desdén.

Greville se quejó: “¡No estamos seguros aquí! ¡Las piedras del arco se están cayendo...!”

—Madre de Jesús —murmuró Clodio de repente, mirando fijamente al techo—. No puede ser real.

Muy por encima del altar, invisibles para todos excepto para los dos sacerdotes, los tres reyes del mural parecieron cobrar vida, agitando la cabeza con gestos de dolor extremo. Sin embargo, sus imágenes en movimiento se congelaron repentinamente, inmóviles, con la boca abierta y los ojos desorbitados, mirando fijamente a Clodio y Greville. En ese instante, sus rostros congelados comenzaron a crepitar y arder, liberando una nube de humo que se disipaba y una lluvia de fragmentos de pintura carbonizada que caían al suelo como nieve negra. Solo entonces, los soldados alzaron la vista, buscando el origen de la ceniza que los cubría.

Clodio tosió y agitó la mano frente a su rostro, tratando de despejar una fina neblina de polvo que caía. Luego buscó la causa de los sonidos secos y crepitantes, como los de rocas sobrecalentadas que se fracturan en agua fría, y encontró grietas que irradiaban por toda la cara del enorme pilar, que se alzaba imponente a su lado. Se alejó de la columna, inspeccionándola desde la distancia, observando una lluvia de polvo que descendía en espiral alrededor de su superficie curva. De repente, las grietas se ensancharon y grandes trozos de piedra se desprendieron de la columna, estrellándose todos juntos contra el suelo con un ruido ensordecedor que captó la atención inmediata de todos los presentes en la catedral. A medida que los pedazos del pilar se desprendían entre el polvo y los escombros que caían, Clodio notó que el derrumbe de la columna no era aleatorio, ya que una sección expuesta de mayor p... La piedra intacta aparecía como la superficie lisa del costado de una gigantesca pierna tallada en piedra.

Mientras caían rocas, el monje se percató de que una imponente estatua se revelaba gradualmente entre los fragmentos de roca que caían. La figura colosal era la de Un gigante con armadura empuñaba una larga espada. Su otra mano descansaba bajo un bloque de piedra que sostenía el techo de la catedral. Con una falda de finas placas de armadura, vestía un atuendo de batalla espartano que recordaba al de un antiguo guerrero romano.

Placas curvas cubrían sus piernas y brazos, y su casco integral era redondo por todos lados, con la parte superior convergiendo hacia arriba en una punta roma. Entre sus labios anchos, se asentaban afiladas hileras de dientes irregulares, y un único ojo ciclópeo presidía su frente.

Greville pasó rápidamente junto a la hilera de pilares y se acurrucó contra el muro exterior de la catedral. Apartó la mirada de la imponente estatua del Cíclope y observó un movimiento peculiar que percibió con el rabillo del ojo. Allí, contra la pared, justo a su lado y un poco más arriba, colgaba el crucifijo tallado, con su figura pétreo de Jesús; se movía. Greville se quedó mirando la figurilla parecida a Jesús; su pecho subía y bajaba rápidamente, como si luchara por respirar. El monje gimió para sí mismo y se deslizó hacia atrás contra la pared. Abrumado, se acurrucó, solo para llorar y rezar para poder despertar de lo que le parecía un sueño terrible, para encontrarse de repente en la tranquilidad de su habitación. Clodio le gritó a Bourne mientras señalaba la nueva estatua del Cíclope: «¡Mírala, capitán! ¡Por Dios! ¿Te has vuelto loco? ¡Tus soldados no son nada contra ella! ¡Tenemos que irnos ya!».

Sin embargo, Bourne estaba de espaldas a Clodius. El capitán gritó órdenes a un soldado que estaba junto a las cuerdas del altar y que, para entonces, había soltado la cuerda y se había separado de la formación. «¡No abandones tu puesto! ¡Regresa a la cuerda, ahora mismo!» En lugar de eso, el soldado huyó corriendo hacia la puerta de la catedral. Con la misma rapidez, el capitán se giró y gritó: «¡Armond!». De repente, se oyeron disparos de ballesta, virotos volaron y el hombre cayó al suelo con varias flechas clavadas en la espalda. Se retorció, se ahogó y murió. Solo entonces, Bourne se dirigió a Clodio, señalándolo con el dedo: «¡Silencio, sacerdote; SILENCIO!».

Bourne se giró y se recogió el cabello al viento, sujetándolo detrás de las orejas. Caminó hacia sus portadores de antorchas: «¡Acérquense al agujero conmigo! ¡Protejan sus llamas del viento! ¡Reúnanse y mantengan las antorchas encendidas; cada llama iluminando la siguiente!» Se acercó al borde del pozo. En la tenue iluminación de las llamas de las antorchas inclinadas, vio grietas formándose en las paredes del pozo, ascendiendo y sobrepasando el borde superior del perímetro de la cavidad. Aun así, las fracturas irradiaban desde la Piedra de la Puerta, a través del piso superior de la catedral, hasta extenderse bajo sus botas. Bourne retrocedió. Dentro del pozo, el embudo giratorio gemía; haciéndose más fuerte a medida que parecía ganar velocidad. Entre sus gemidos, se oían los tonos ascendentes de muchos gritos, todos juntos, que parecían una multitudinaria concentración de sufrimiento insondable, como si fuera un coro rugiente de mil almas torturadas.

Bourne aulló: "¿Dónde está el Cardenal?" Sin embargo, su mirada permanecía fija en la monstruosidad negra y giratoria de partes corporales comprimidas que ahora tenía ante sí. Entonces ordenó: sus portadores de antorchas, gritando por encima del ruido mientras él apartaba a los soldados del foso, "¡Caigan!"

¡Atrás! Todos, excepto ustedes tres, mantengan sus luces encendidas. Ustedes dos, ¡quiero más antorchas en esta iglesia! ¡Encárguense de ello! Y tú, ¡toma tu lugar en las ataduras!”, gritó a Armond. “¡Prepárate!” Luego, mientras los rodeaba, les gritó a todos sus hombres : “¡A mi señal, cerramos la losa! ¡Alineense uniformemente como antes! Mantengan el mismo ritmo. Y si veo que siquiera uno de ustedes levanta la cabeza contra mí...” Sin embargo, el Capitán cerró la boca, se giró lentamente hacia el foso y contempló una forma lisa y carmesí que se elevaba lentamente desde el centro de la columna arremolinada de carne oscura.

~\*~

Al otro lado de la catedral, Clodio abandonó a Greville y huyó hacia las puertas de la iglesia cuando un proyectil de ballesta impactó en la pared de roca. Saltaron chispas, a pocos metros de distancia. El rostro de Clodio lo convenció de repente de retroceder y reconsiderar su huida. Se retiró hacia Greville, que seguía acurrucado en el suelo. Desde lejos, divisó al balletero recargando y apuntando de nuevo hacia él. Clodio se acercó sigilosamente a Greville, sin perder de vista la gigantesca estatua del cíclope, con la cabeza inclinada hacia abajo, como si estudiara al sacerdote con su único ojo de piedra, inmóvil. Clodio consoló a Greville dándole una palmada en el hombro. «Recupérate. Debes ser fuerte si quiero ayudarte a escapar».

Greville se incorporó y se secó los ojos. —Sí, fuera de aquí. Ojalá, sí, nos iremos . Los ojos vidriosos de Greville se movían de un lado a otro, como buscando algo en algún lugar de la iglesia, sin poder encontrarlo. Sin embargo, sus ojos parecían descubrirlo todo a la vez, solo que bajo una luz muy diferente. Murmuró: —Estoy cansado. Debería volver al dormitorio y descansar antes de las vísperas matutinas.

“En efecto.” Clodio estuvo de acuerdo con la absurda sugerencia de Greville, para no asustar aún más al fraile con nuevas ideas sobre sus terribles circunstancias. “Y deberías.”

Es hora de partir, para que encuentres paz y descanso antes de las vísperas matutinas.

Greville alzó la vista hacia Clodio, pero su mirada se desvió por encima del hombro de este hacia el techo lejano. Su mirada perdida se fijó en las imágenes vertiginosas del extenso fresco. Vio demonios alados matando ángeles. Vio diablos voladores penetrando un círculo de llamas azules, con sus espadas en alto, decapitando a tres reyes sin rostro. Aturdido, Greville sonrió débilmente y asintió, como si aceptara los horribles sucesos que se proyectaban en el techo.

Clodio abofeteó a Greville. “¡Mírame! ¡Nos vamos ahora! Cuando vea que es el momento adecuado, espero que te apresures hacia las puertas de la catedral. ¡No disminuyas la velocidad ni te detengas! Mantente. No tienes la vista puesta en nada más que en las puertas; yo estaré justo detrás de ti. ¿Me entiendes?”

—Sí, debí de caerme, pero puedo levantarme. ¿Nos vamos ya? —preguntó Greville, extendiendo la mano para que Clodio lo ayudara a ponerse de pie. Un fuerte estruendo provino de atrás, y se giraron al unísono para descubrir que el gran crucifijo de piedra se había desprendido de la pared. Sus restos yacían esparcidos por el suelo como un montón de pedazos rotos.

fragmentos. Sin embargo, de todos los fragmentos dispersos, ninguno representaba una parte reconocible de la antigua escultura de Jesús, ya que cada pedazo roto pertenecía solo a lo que una vez fue la cruz de piedra tallada. Con las manos entrelazadas, Clodio comenzó a levantar a Greville, cuando...

“¡Siseo!” Desde detrás de Clodio, un sonido agudo y sibilante como el de un gato furioso. Clodio giró sobre sí mismo justo cuando Greville retrocedió bruscamente, y ambos monjes cayeron al suelo. Se quedaron congelados donde estaban sentados, con los ojos muy abiertos y aturcidos, sus túnicas ondeando al viento de la catedral. Se quedaron mirando el rostro de lo que cualquier hombre santo podría considerar una abominación indescriptible. Ante ellos se alzaba la figurilla de piedra, que antes estaba fijada a la cruz tallada. Ahora se encontraba separada, tan alta como un perro pequeño. Su cuerpo se asemejaba a la de un chacal. Sin embargo, aparte de los dientes afilados como agujas, su cabeza permaneció inalterada y en consonancia con la imagen anterior del Jesús tallado, completa con la corona de espinas. Y a diferencia de sus patas delanteras, que se mantenían separadas, erguidas y sin obstáculos, sus patas traseras yacían hacia atrás contra el suelo, ambas parecían estar clavadas y sujetas a un gran fragmento de la antigua cruz de piedra. La estatua grotesca se arrastró hacia ellos, arrastrando su cuarto trasero retorcido hacia atrás y el trozo de roca aún adherido. Clodio y Greville se alejaron rápidamente de la figura de piedra que se acercaba.

«¡Rugido!» Una voz atronadora del imponente Cíclope resonó en el interior de la catedral, ahogando momentáneamente cualquier otro sonido. Clodio vio al gigante mirándolo fijamente con su único ojo. La estatua soltó su mano del techo, alzó una enorme espada con la otra y comenzó a descender de la base de la columna cuando ambos sacerdotes se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia la pared. El gigante de piedra golpeó el suelo de la iglesia con su pie calzado con sandalias, provocando grietas en las losas que se extendieron desde debajo de su talón. Piedras del techo y polvo cubrieron la estatua en movimiento. De repente, la sección sin soporte del techo de la catedral se derrumbó y, en el estruendoso caos, una enorme columna de escombros cayó sobre el gigante.

El Cíclope se hizo añicos bajo la fuerza repentina y se desmoronó en el suelo en una avalancha de polvo y piedras. Una enorme nube de polvo se extendió por el suelo mientras el viento la arrastraba, dispersándola por todas partes y ocultando por completo la vista de la iglesia. En el suelo, la figura pétreo del chacal se movía con agilidad, arrastrando tras de sí el trozo de cruz roto. Se precipitó hacia el centro de la catedral y se zambulló en el foso parcialmente cerrado. Como una plaga putrefacta, el infierno devoró la catedral, sin perdonar ningún icono sagrado. Y aquel momento enigmático se convirtió en una pesadilla cada vez peor.

—¡Levantad! —gritó el capitán Bourne. Los soldados tiraron y las cuerdas se estiraron mientras la losa del altar se deslizaba hacia adelante, rozando contra el suelo fracturado. En medio del viento aullador y el polvo en suspensión, los hombres permanecían casi sordos y ciegos. Con un tercio del foso cubierto bajo una losa que avanzaba lentamente, las grietas cada vez más anchas del suelo silbaban con

Expulsando brumas de niebla helada. Un hombre gritó con lo que pareció ser solo medio chillido. Inmediatamente, Bourne divisó un lugar vacío en las filas y una gran grieta en el suelo que expulsaba una columna de niebla y cristales de hielo. Se lanzó a través de las filas, y saltó por encima de las grietas que se extendían en las losas. Sin embargo, era demasiado tarde; ni siquiera pudo encontrar a su soldado en la profunda grieta que parecía descender hasta las profundidades del infierno. Gritó al resto de los hombres ociosos, que ahora sostenían pares de antorchas sin llama: «¡Formen un círculo detrás de la formación de inmediato! Si uno de nosotros cae, ¡tomen esa posición de inmediato!». Se volvió hacia la pared del fondo. «¡Armond, prepárate para tomar el mando!». Mientras los hombres dejaban caer sus antorchas y se alejaban apresuradamente del pozo, Bourne se colocó a horcajadas sobre la grieta del suelo. Se sujetó a la cuerda, en lugar de su hombre caído, y advirtió a todos los soldados en las cuerdas: «¡Tiramos como uno solo y morimos como uno solo!».

“¡Arriba!” gritó Bourne. Nudillos azulados se aferraron a las cuerdas. Hombres temblorosos siseaban y gemían. De nuevo, el altar avanzó lentamente. Granizo salía disparado de la columna giratoria, golpeando a cada soldado. Los hombres estaban mojados y sucios de polvo, algunos haciendo muecas. Bajo barbas cubiertas de escarcha, todos ellos reflejaban la misma expresión de miedo y desesperación, como la que solo se puede ver en el fragor de una batalla encarnizada.

«¡Arriba!» A través de la bruma de polvo que se disipaba rápidamente y que una vez envolvió toda la catedral, el Capitán mantuvo la vista fija en los restos cada vez más visibles de un reluciente Fray Reja mientras seguía liberando una sucesión de luminosas Apariciones de su garganta. Una tras otra, salían volando de la boca del cadáver, cada una escapando más rápido que la anterior, hasta que la garganta del cadáver aleteó y eructó con tal intensidad repetitiva que se partió longitudinalmente. De repente, la cabeza y el cuello del monje estallaron, a ras de sus hombros y en todas direcciones, como una flor carnosa de rápida maduración. Del torso sin cabeza que quedaba, una brillante columna de Espíritus fluía, gritando y palpitando hacia arriba. Las regiones más altas de la catedral se llenaron de formas translúcidas y brillantes. Por todas partes, las Apariciones desaparecían y reaparecían del techo, las paredes y el suelo; toda la catedral centelleaba con un resplandor antinatural.

La losa del altar se deslizaba a ráfagas cortas mientras la enorme piedra rodaba sobre el cadáver del fraile Grate, y con cada empujón de la pesada piedra, el torso desollado se doblaba. Más atrás, hasta que su tremendo peso le quebró la columna vertebral. El cadáver se volteó y se dobló bruscamente hacia un lado. En ese ángulo espantoso y antinatural, los restos aleteantes de su cabeza se desprendieron, solo para ser engullidos por la rugiente columna negra que se encontraba debajo. De repente, el éxodo de espíritus de garganta cesó, pero su orificio de cuello ensanchado continuó con un gemidos guturales, en sintonía con cada golpe de la losa del altar. Sin embargo, los restos retorcidos finalmente desaparecieron bajo la piedra deslizante. Por fin, en un instante que lo que pudo haber parecido eterno, el rugido ensordecedor comenzó a disminuir; los vientos se calmaron; el polvo se asentó, y un golpe sordo y resonante sacudió el suelo de la catedral. Con la losa del altar

Ahora, con el foso ya asegurado, Bourne y sus hombres habían cubierto por fin la fosa. Un sordo estruendo resonaba en el suelo, dando fe de la columna giratoria de restos humanos ennegrecidos que aún ardía bajo la losa del altar.

Aunque el cardenal Blasi había logrado abrir la Piedra de la Puerta —lo suficiente como para liberar un ejército de Espíritus— nunca encontró la oportunidad de recitar el resto de los pasajes que podrían enviarlos contra los ingleses en Crécy. Por lo tanto, la manada de Espectros sin rumbo simplemente dio vueltas alrededor del techo, sin dirección ni mando alguno.

clasificar.

“¡Maldito seas, Cardenal!” La voz de Bourne bramó a través de la oscuridad persistente, su eco se perdió rápidamente en un rastro de ecos superpuestos.

~\*~

Fuera de la iglesia y al otro lado de los terrenos de la abadía, Odino miró a través de los arbustos perennes. Una oleada de náuseas casi le hizo flaquear las rodillas al ver a cuatro soldados sacar los restos inertes de Iván por la entrada principal de las catacumbas. Llevaron el cadáver a los baños, donde lo colocaron junto al muro exterior. Odino contuvo las lágrimas, con la mente fija en Lázaro. Observó a los soldados que estaban agrupados en el patio, con la atención completamente centrada en la iglesia. Los hombres señalaban al aire, a las luminosas apariciones que emergían del techo de la catedral. Las figuras resplandecientes de color amarillo rodeaban los campanarios de la iglesia mientras se perseguían unas a otras entre las altas hileras de grotescos de piedra. En conjunto, pululaban como palomas que se peleaban y competían por un lugar donde posarse.

Incapaces de encontrar a Lázaro en las catacumbas, los soldados de Bourne regresaron a la superficie y salieron al patio, solo para descubrir una bruma de espíritus resplandecientes que revoloteaban por las partes altas de la catedral. Hipnotizados por el surrealista espectáculo que se desplegaba ante ellos, los guardias se reunieron con sus compañeros de armas, de espaldas a la hilera de arbustos donde se escondía Odino; el monje vio su oportunidad.

Odino salió de entre los arbustos y se deslizó por la entrada lateral del edificio de las catacumbas. Corrió por el largo pasillo, dobló una esquina y pegó la oreja a la puerta de madera, reforzada con hierro, daba a la entrada de las catacumbas. Luego, la abrió con cuidado y la encontró sin vigilancia desde dentro. Sin ser visto, bajó sigilosamente por la escalera tenuemente iluminada y recorrió los pasillos a toda velocidad, girando a un lado y a otro, descendiendo a las profundidades de la tierra por un pasaje ininterrumpido que no llevaba a ninguna parte, salvo al Pozo.

Al llegar al Pozo, Odino introdujo una antorcha en la oscura cavidad y susurró: "¿Lázaro?". Sin embargo, la habitación estaba vacía, solo se oía el gorgoteo de un manantial subterráneo que discurría por una amplia zanja en el suelo. Odino dio un paso.

adentro. Se arrastró hasta el otro extremo de la habitación, donde agarró uno de los muchos Cubos de madera para el agua que bordeaban la pared. Se acercó a la zanja y golpeó el cubo contra el suelo rocoso. —¿Lázaro? ¿Dónde estás? —Soy Fray Odino. —Luego, pasó la antorcha por encima de la zanja y buscó bajo el agua.

Odino golpeó el cubo contra el suelo. Se hizo añicos cuando Odino bramó: «¡Lázaro, sal!». Al instante, la superficie del arroyo subterráneo se rompió con un Lázaro empapado, que se había escondido en una pequeña caverna bajo el suelo, una bolsa llena de aire creada por siglos de erosión. Afortunadamente, solo cinco almas conocían su existencia: Lázaro, Odino, dos escuderos deformes llamados Miguel y Thateus, en quienes Lázaro depositaba su confianza, y un monje corpulento de cabello plateado que ahora yacía junto a la Casa de baños, silenciada para siempre.

“¿Es padre...?”

—Sí. Iván ha fallecido, Lázaro; sin embargo, siempre estará contigo , aquí — respondió Odino , golpeando el pecho de Lázaro. Tragó saliva con dificultad—. Ahora, escúchame, muchacho; hay poco tiempo. ¡Debemos irnos deprisa! —Arrojó los restos del cubo a un lado, tomó la mano extendida de Lázaro y lo sacó del agua. Lázaro tiró de la máscara goteaba de su cinturón de cuerda y la escurrió cuando Odino se la quitó y la arrojó al arroyo. “No hay necesidad de eso. Tu mundo ha cambiado, de manera diferente”. Lázaro observó cómo la rápida corriente arrastraba la máscara. Y la capucha se deslizó por un agujero desgastado en la pared, perdida para siempre en las oscuras aguas que yacen bajo tierra.

Huyeron del Pozo y corrieron por el sinuoso túnel. Delante de ellos, el corpulento monje clavó una antorcha encendida en la oscuridad que se extendía y, tras ellos, una estela de humo se posaba sobre un techo cincelado mientras un rastro de agua de la túnica empapada de Lázaro se filtraba cada vez más adentro del túnel. Más allá del hombro del monje, los reflejos en las dilatadas pupilas de los muchachos parecían dos discos amarillos brillantes a la luz de la llama de la antorcha. Lázaro aceleró el paso, su túnica mojada ondeó y chasqueó al caer junto a Odino. Le preguntó: «¿Por qué grita la Piedra de la Puerta , fraile?».

Odino se detuvo bruscamente y se apoyó contra la pared para recuperar el aliento antes de encender la linterna sobre un par de ojos azules. "¿Gritar? ¿Cómo grita?"

“Lo oigo. En mi corazón, ese sonido. Incluso ahora, viene de allá.” Lázaro señalaba hacia las partes más altas de la pared rocosa del túnel .

Odino consideró la afirmación de Lázaro y se dio cuenta de que el muchacho señalaba hacia la catedral, justo en el centro. El monje lo reprendió: «¡ No toleraré más palabrería, muchacho! ¡Cállate, no sea que nos oigan!». De nuevo, corrieron por el túnel.

Se apresuraron a través del laberinto de pasadizos de las catacumbas. Finalmente, Odino se metió en los aposentos de los muchachos y ladró con voz ronca: «¡Salgan de esa túnica mojada!». Se desplomó contra el marco de la entrada. «¿Tienen ropa limpia?».

“Los tengo debajo de mi cama.”

“Entonces, ¡adelante! ¡No puedo agacharme ahí! ¿Tienes otra capucha?”

“Solo el que me quitaste, fraile.”

—No importa. Quítate la ropa y vístete rápidamente. —Odino miró hacia afuera de la habitación. y subió por el corredor principal, pero no vio nada más que oscuridad, ya que con Lázaro ahora escondido, nadie se molestó en reponer las antorchas de las catacumbas. Sin embargo, Odino permaneció de guardia, atento a los sonidos sutiles, observando el resplandor lejano de una antorcha que lo iluminaba.

Odino se volvió y vio a Lázaro arrodillado junto a su cama, llorando en silencio sobre una caja de madera llena de ropa.

—¿Qué ocurre, muchacho? —siseó Odino.

Lázaro puso la mano en el borde de la caja. “Tengo una capucha, una nueva. Y dos más —una marcada para Miguel— otra para Thateus.”

“¡Date prisa, Lázaro! ¡No es el momento!” Odino se abalanzó con la antorcha y tiró de ella. Sacó las túnicas y las máscaras de la caja y las extendió sobre la cama.

Lázaro se secó la cara, se puso de pie de un salto y se desnudó rápidamente. Odino le pasó la antorcha sobre la cama mientras separaba la ropa con su mano libre. El niño caminaba en círculos, Agarrándose el pecho, desnudo y temblando. En casi todos los sentidos, el cuerpo delgado de Lázaro parecía tan normal como el de cualquier niño humano de su edad, salvo por la ausencia total de ombligo. Sin embargo, la mayor diferencia entre Lázaro y los demás escuderos no era una joroba, como suponían los residentes de la abadía : escuderos, frailes y el abad por igual. Su columna vertebral estaba perfectamente alineada, como la de cualquier niño sano. Sin duda, la distinción más notable era

que Lázaro lucía un par de alas plegadas y membranosas, de carne y hueso.

Lázaro extendió sus alas y sacudió enérgicamente el agua que les había caído. Las plegó sobre su espalda, encorvándose, y se giró para buscar a Odín, con la ropa cubriendo su antebrazo y el ceño fruncido, mientras gotas de agua resbalaban por su frente arrugada.

—Perdóname, fraile —dijo Lázaro con la mirada baja.

Odino señaló con la cabeza la cama de Lázaro . «Usa las sábanas para secarte». Lázaro lo hizo y Odino le tendió el brazo. «Ahora, vístete».

Mientras el muchacho se vestía, Odino le mostró otro conjunto completo de ropa que colgaba sobre la cama: una túnica, un taparrabos, una capucha y dos pares de guantes. «Hace frío esta noche ; ponte las dos prendas, una encima de la otra. ¡Date prisa y termina ya!».

Odino le dio una palmada en el hombro, corrió de vuelta a la puerta y montó guardia mientras Lázaro se ocupaba de sus asuntos. —Escúchame, Lázaro. Saldremos de las catacumbas. Sin embargo, hay muchos soldados en los terrenos de la abadía, que harán todo lo posible por detenernos.

nuestra huida. Y aunque la oscuridad nos ampare, no podemos ser vistos ni oídos, y debemos movernos como el viento. Odino reprimió una tos y miró a Lázaro. —¿Me entiendes, muchacho?

—Sí, fraile. Sin embargo, tal vez podríamos escondernos en las catacumbas, solo hasta mañana —sugirió Lázaro con voz temblorosa. El monje notó una expresión de Una profunda aprensión se reflejó en su rostro justo antes de que el niño se pusiera la máscara. Claramente, Odino se dio cuenta de que Lázaro sabía poco del mundo fuera de las catacumbas, salvo lo que pudiera haber aprendido de los libros del scriptorium de la abadía. Lázaro se ajustó la capucha y añadió: «Puede que los soldados no nos descubran aquí abajo. Conozco una pared hueca dentro del túnel de Benión...»

Odino cruzó la habitación, agarró al chico por el hombro y lo sacudió. “¡No! ¡Debes tomar las riendas de tu vida! Las catacumbas ya no existen. Ya no hay antorchas que encender ni apagar; ya no hay que elaborar vino; ya no hay que limpiar paredes ni suelos. A partir de ahora, las únicas órdenes que debes obedecer vendrán directamente de ti. ¡Y vivirás o morirás por esas órdenes! ¡No te equivoques, Lázaro! “No seré fraile, todavía...”

“Sin excepciones, Lázaro. ¡Tu vida depende de ello!”

Lázaro bajó los hombros y la cabeza, y permaneció en silencio.

Odino lo soltó y suspiró. “¿Qué pasa ahora?”

—Me temo, fraile.

Odino se arrodilló ante él. «¡Y más te vale estarlo!». El sacerdote señaló hacia el techo. «Esos hombres de ahí arriba te matarán si te atrapan. El miedo es la condición necesaria para mantenerte con vida. El miedo es bueno». Sacudió la antorcha. «El miedo es tu amigo, nunca debes ponerlo a prueba ni traicionarlo». Odino sacó la segunda máscara de la cama. «Ahora, coloca otra capucha sobre la primera y ata un tercer par de mitones sobre las dos, ¡enseguida!». Odino se levantó bruscamente y regresó a la puerta.

Lázaro se vistió apresuradamente mientras Odino lo reprendía. «Ya no eres un niño, eres un hombre, ¿verdad?»

—Sí, fraile —gruñó Lázaro, colocándose una segunda máscara sobre la primera y cogiendo otro par de guantes.

“Entonces, recuerda mi nombre; ¿cuál es mi nombre?”

“Su nombre es Fray Delon Odino, fraile.”

—¡No es cierto! Entiéndelo bien: el muchacho llamado Lázaro ya no existe. Se ha convertido en un hombre. Habla y se comporta como su padre. Odino golpeó la pared de piedra con la mano abierta y Lázaro se sobresaltó, girando rápidamente los oscuros agujeros de su máscara hacia el monje. —¡Ahora eres Iván! ¡Iván eres! Ahora, respóndeme de nuevo, pero esta vez como lo haría Iván. ¿Cuál es mi nombre?

—Odino —respondió Lázaro, con la mirada fija en sus guantes.

—Bien hecho —respondió Odino con una breve sonrisa—. Esta noche, te conviertes en tu orgullo.

Padre. Invocarás fuerza de él, de tu interior. Él te guiará en espíritu hasta el fin de tus días. Y estará contigo para siempre. Odino se palmeó el pecho. «Aquí; en tu corazón». Odino bajó la mirada al sentir un pequeño objeto oculto bajo su túnica. «Ah, sí. Insistió en que tuvieras esto, por si acaso... bueno... aquí». Con su mano libre, el sacerdote sacó un collar de cuerda de cuero.

Lázaro llevaba un collar que colgaba de una delgada correa, y Lázaro reconoció de inmediato como la cruz de oración de Iván. Odino se acercó al muchacho y le colocó el collar alrededor de la cabeza antes de esconder la cruz bajo su túnica. «Listo; ahora eres Iván. Y Iván nunca llora, ¿verdad?». Lázaro miró a Odino, sus ojos azules brillaban a la luz de la antorcha a través de un par de agujeros en su máscara.

—No, Fría... no, Odino —respondió Lázaro—. Estoy vestido.

—Pues vámonos —dijo Odino, dándole una palmada en el hombro—. Pase lo que pase, recuerda que debes huir de esta abadía lo antes posible y mantenerte alejado de ella para siempre. Si los soldados me atrapan, no mires atrás ni vaciles. A mí solo no me matarán; pero si te atrapan, nos matarán a los dos : a ti, por quien eres, y a mí, por ayudarte a escapar. —Odino entrecerró los ojos—. Mi vida está en tus manos. No me falles, Lázaro.

Lázaro frotó un pequeño objeto que llevaba oculto bajo la túnica y echó los hombros hacia atrás. “No lo haré—Odino.”

Odino arrojó la antorcha encendida sobre la cama y las llamas envolvieron instantáneamente las sábanas. El humo se elevó contra el techo de piedra y se extendió por el pasillo. Lázaro recordó la carta de Naramsin y sus numerosas páginas llenas de símbolos escritos. Se lanzó hacia adelante y metió un brazo inquisitivo entre la paja del colchón, pero no encontró ningún papel. Odino lo apartó. “¿Qué demonios estás haciendo?”

—¡Tenía un rollo de pergamino ahí dentro! —exclamó Lázaro, señalando la cama en llamas.

“Se ha ido.”

—Déjalo. —Odino apartó la cabeza de Lázaro de las llamas y lo miró fijamente a los ojos—. Tienes todo lo que necesitas. Ahora, escúchame. Si nos descubren, debes regresar al Pozo y esconderte en la caverna de abajo. el suelo, como antes. La oscuridad y el humo te cubrirán, ¿verdad?

—Lo haré —respondió Lázaro.

El monje asintió, secándose las gotas de sudor de la frente. —¡Vámonos, pues, como el viento! —siseó.

Odino escuchó cerca de la puerta antes de acompañar a Lázaro apresuradamente por el oscuro pasillo. Detrás de ellos, el resplandor de un fuego rugiente se desvaneció a medida que los elementos notables del pasaje caían en sombras más oscuras. Odino se guió a través del túnel negro, como solía hacer durante sus peregrinaciones nocturnas a la bodega; deslizó las yemas de los dedos contra la pared y tanteó en busca de marcas memorables que le permitieran saber con precisión por dónde caminaba. Lázaro caminaba justo detrás de él mientras avanzaba por el centro del pasillo.

Recorrió el pasaje y, con su paso rápido y firme, no tocó nada. En la oscuridad, el andar imponente del muchacho podría haber parecido idéntico al de su padre; con zancadas largas y firmes que parecían mover la tierra bajo sus pies. Juntos, el monje y el escudero doblaron una curva y avanzaron apresuradamente hacia un resplandor lejano al final del corredor.

Finalmente, el túnel se abrió a un recinto alto, con amplios escalones que conducían hacia arriba, hacia un rellano de piedra. En lo alto del rellano, una puerta de madera sin vigilancia, reforzada con hierro, marcaba la entrada a las catacumbas de la abadía. Cerca del pie de los escalones de las catacumbas, una antorcha parpadeante luchaba por mantener la última llama. De ella, una brasa roja brillante flotó hasta el suelo y se extinguió. Odino subió arrastrando los pies por la escalera, subiendo la mitad de los escalones antes de descubrir que Lázaro ya no lo seguía. Se detuvo y se giró para descubrir al muchacho de pie bajo la menguante luz de la antorcha y mirando fijamente en el suelo. El sacerdote resopló y bajó las escaleras arrastrando los pies. Solo entonces, el sacerdote comprendió la causa de la distracción del muchacho. Lázaro miró fijamente al suelo y examinó una extensa mancha de sangre que, apenas unos instantes antes, corría por las venas de Iván.

—¡Ahora no! —Odino lo agarró del brazo y, juntos, subieron corriendo las escaleras. El monje entreabrió la puerta de la catacumba y escuchó, pero solo oyó silencio. La abrió de golpe. La puerta se abrió y se lanzó al pasillo. Sin embargo, antes de doblar la esquina, miró por encima del hombro y vio al muchacho inmóvil en el umbral de la puerta; parecía como si Lázaro se viera a sí mismo al borde de un gran abismo, mirando hacia abajo. Odino retrocedió unos pasos e hizo un gesto a Lázaro para que se acercara. «¡Ahora!»

**Lázaro respiró hondo antes de irrumpir por la puerta. Se abalanzó sobre Odino, aferrándose con fuerza a la túnica del monje.**

“Bien hecho. Ahora, quédate cerca.” Odino lo apartó bruscamente. Aunque Lázaro no dijo nada, Odino oyó la rapidez de su respiración e imaginó una expresión de terror con los ojos muy abiertos, oculta bajo una máscara que, por lo demás, no revelaba nada. De repente, desde una habitación contigua. En el pasillo, una puerta se cerró de golpe; la voz de los soldados que se acercaban se hizo más fuerte.

—¡Sé fuerte, Lázaro! —exclamó Odino, arrastrando el peso de su cuerpo por el pasillo—. Date prisa —le siseó al muchacho por encima del hombro. Y con Lázaro siguiéndole de cerca, ambos huyeron del ruido.

Los dos salieron corriendo por las puertas laterales del edificio y se ocultaron tras una hilera de altos arbustos perennes que bordeaban el muro de la abadía. Allí permanecieron, inmóviles, mientras el aire frío y la tenue luz de la luna naciente creaban una notable neblina que dificultaba su respiración. En dirección a la catedral, oyeron voces de soldados discutiendo, acompañadas de ocasionales órdenes. El aire nocturno estaba lleno de sonidos: el resoplido de los caballos, el golpeteo de las botas, el portazo y el tintineo del metal; el patio bullía con el estruendo de un ejército en plena actividad.

Tiró de la túnica de Lázaro y le hizo un gesto para que lo siguiera. Juntos, se abrieron paso a través del estrecho espacio tras el seto, apoyando la espalda contra la pared. Avanzaron sigilosamente hacia la puerta sur de la abadía, mientras las voces de los soldados que conversaban se hacían más fuertes con cada paso. Odino se llevó un dedo a los labios, indicándole a Lázaro que guardara silencio.

El monje apartó cuidadosamente los arbustos para distinguir a cuatro soldados de pie dentro del patio, lejos de la puerta abierta y desprotegida de la abadía, de espaldas a él y mirando hacia el lejano tejado de la catedral, hacia una nube de Apariciones resplandecientes que pululaban sobre él. De nuevo, tiró de Lázaro antes de apartar el extremo del seto y entrar con paso firme en el claro. Mientras los soldados permanecían allí, Odino sacó a Lázaro de detrás de los arbustos y lo empujó con tanta fuerza a través de la puerta que el muchacho casi tropezó y cayó. Sin embargo, ambos se deslizaron a salvo en la oscuridad y, por un afortunado giro del destino, del mismo Mal que los había causado. Lázaro debía esconderse para salvar su vida, para que los soldados no lo encontraran y lo mataran, pues lo que era ahora servía para distraer a los soldados y permitirle escapar.

Como sombras que se deslizan bajo el tenue resplandor de la luna naciente, volaron ladera abajo hacia un campo de hierba corta y seca, salpicado de hileras de piedras y cruces, hacia el cementerio de la abadía. Los dos se deslizaron entre montículos y lápidas hasta llegar al extremo del camposanto. Odino se ocultó tras una roca alta, arrebatando a Lázaro de la vista de cualquier soldado que patrullara la zona.

Y allí se escondieron de todos. Odino se apoyó contra la roca, jadeando. Lázaro estaba cerca, observando casi todo a la vez. Recorrió con la mirada la hierba, las lápidas, las colinas lejanas, una luna roja que ascendía y un vasto cielo estrellado. «No me gusta», comentó. «El mundo es demasiado grande».

Odino contuvo el aliento y suspiró. «Y seguirá creciendo antes de que termine la noche».

Lázaro se giró y preguntó: "¿Más que ahora?"

El monje bajó los hombros y gimió: «Esto jamás funcionará. Debo ir a buscar provisiones».

Miró al muchacho. «Conozco un camino sin vigilancia que permite entrar y salir sin peligro del dormitorio, y de la abadía, siempre y cuando esos guardias de la puerta permanezcan distraídos».

“¡Hemos escapado, estamos a salvo!”

—No, Lázaro. Estamos a más de un día de camino del pueblo más cercano, y aún a media noche del refugio más próximo que podría ofrecerte suficiente protección contra el sol; y no tenemos provisiones para los próximos días, salvo las túnicas que llevamos puestas.

—Puede que encontremos provisiones por el camino —sugirió Lázaro.

“Ojalá el mundo fuera tan amable. Desafortunadamente, no encontraremos tales provisiones en el desolado camino que debemos recorrer. El único medio de un fuego listo y el único

«El agua dulce que tenemos a nuestra disposición permanece oculta tras esos muros», declaró Odino, señalando con la cabeza hacia la puerta sur de la abadía. «Y las últimas provisiones que nos quedaban entre aquí y Boca de la Montaña están ahora escondidas en el dormitorio, ya que reuní todo lo que quedaba de las provisiones de la cocina».

Lázaro miró hacia el oeste. «La Boca de la Montaña es una cueva; allí», dijo, señalando en dirección a su oscuro horizonte.

—Así es —respondió Odino—. Y ahí es donde debes estar por ahora, a salvo del sol. ¿Recuerdas la cueva, verdad?

“Sí. Mi padre me habló de Mountain Mouth. Y Fray Nicolás me lo describió, cómo lo encontró.

“¿Crees que puedes guiarme con precisión hasta allí, en tan solo media tarde?”

“¡Oh, sí! ¡Puedo llevarte! Fray Nicolás dijo: si uno camina exactamente hacia el oeste, sin desviarse lo más mínimo, llegará directamente a la Boca de la Montaña. Y yo nunca me desví; ya lo verás.”

Odino suspiró aliviado, consciente de que Lázaro poseía un sentido de la orientación casi divino, incluso mayor que el de cualquier hombre vivo, un sentido tan infalible como el de cualquier ave migratoria. Confiaba en que Lázaro no se desviaría más que un metro del camino occidental, aunque se viera obligado a seguirlo durante noches enteras. Odino se volvió hacia la abadía y murmuró: «Por fin, esto puede beneficiarnos. Debería ir a buscar provisiones mientras los soldados están distraídos».

“¡Pero los soldados nos atraparán!” , exclamó Lázaro, agarrando un puñado de la túnica de Odino .

—No —respondió el monje, girándose mientras apartaba la mano del muchacho—. Debo irme solo. No podemos arriesgarnos a que te capturen.

Lázaro palmeó la roca. —¿Entonces debo quedarme aquí, detrás de esta roca?

Odino negó con la cabeza. —No puedes. Si te quedas aquí, los soldados que patrullan podrían encontrarte. Y si me demoro, es posible que no tengas tiempo de resguardarte del sol. Odino miró hacia el este y contempló una luna brillante y llena de vida.

Lázaro recorrió con la mirada el extremo occidental más oscuro del cementerio antes de volverse hacia Odino. "¿Entonces, dónde debo esconderme?"

—No aquí. Boca de la Montaña —respondió Odino—. El viaje es solo media tarde. Tiempo está de tu lado. Y sabes cómo encontrarlo, ¿verdad?

Lázaro bajó la cabeza. —Tal vez. Solo si Nicolás dice la verdad, aún...

«Nicolás dice la verdad, Lázaro. Nos enseñó la Boca de la Montaña a tu padre y a mí. Estábamos allí cuando le dio su nombre.»

“Pero deberíamos irnos juntos, tú y yo. Y mañana podrás volver a la Abadía a buscar provisiones, ¿de acuerdo?”

—No, Lázaro. El viaje es exigente: un cruce de muchas colinas y valles.

Odino se secó la frente sudorosa con la manga. Puso una mano temblorosa contra...

Se tocó el estómago y negó con la cabeza. “No estoy en condiciones de caminar de ida y vuelta. Soy una carga incluso para mí mismo, incluso sin llevar un pesado saco de provisiones. Si no muero de frío intenso, y hago lo que sugieres, regresando mañana, entonces... ¿Cómo podré escabullirme entre los soldados cuando la distracción de la noche haya pasado y los guardias de la puerta estén de vuelta en sus puestos?” Odino señaló más allá de la roca y por encima del muro de la abadía. “Mira allí, en lo alto de la catedral, esas cosas que este nuevo cardenal ha liberado de la Piedra de la Puerta”. Lázaro miró el techo y los campanarios de la iglesia, cuyas regiones superiores ahora estaban iluminadas bajo un creciente enjambre de Apariciones sin forma. Odino continuó: “Son espíritus de una especie, y estoy bastante seguro de que Su intención va más allá de entretenernos con su espectacular despliegue. No, su presencia y sus movimientos me revelan que un mal mucho mayor está por desatarse sobre esta abadía. Desconozco cuál es; sin embargo, incluso ahora, parecen congregarse como un ejército de espíritus. Mira cómo se mueven y se agrupan en filas, entre las estatuas del techo. Una cosa es segura, muchacho. No estaremos aquí cuando vengan a organizarse. Así pues, debo actuar ahora, mientras los soldados están distraídos por ellos y por el humo que emana de las catacumbas. Es el momento oportuno para conseguir las provisiones, cuando se puede hacer fácilmente.

—Te atraparán, lo sé —se quejó Lázaro, tirando de nuevo de la túnica del monje.

Odino puso las manos en sus caderas y se echó hacia atrás. “Y supongamos que me atrapan. ¿Qué harán con un monje capturado? ¿Pedir perdón? Lázaro, incluso los soldados honran a su Señor. No me harán nada, aunque solo sea por lo que soy: un hombre de la iglesia y un siervo de Dios. Ahora, lo más importante, debes llevar Dirígete a la seguridad de Mountain Mouth antes de que anochezca. Allí te encontraré con las disposiciones.”

Lázaro soltó la túnica de Odino y bajó la cabeza.

“Y además”, añadió Odino, “si intentan capturarme, ¡ los apalearé a todos con una cabra y los mandaré a paseo!”

Lázaro alzó la vista y negó con la cabeza. El monje percibió una sonrisa, aunque sutil, oculta tras la máscara del muchacho. Sin embargo, este se apartó de él y fijó la mirada en la distancia.

Odino se arrodilló ante Lázaro y le puso una mano en el hombro. «Espero que seas fuerte, como lo fue tu padre. Llevas su cruz contigo. Y lo enorgullecerás, ¿verdad?».

—Lo haré, fraile —gruñó Lázaro.

Odino inspeccionó el terreno en busca de señales de soldados. “¿Y estás seguro de que puedes caminar con precisión hacia el oeste?”

—Puedo —afirmó Lázaro—. Pero usted ya lo sabe, fraile. Un matiz de irritación se notaba en su voz.

“Sí, lo sé.” Odino le dio una palmada en el hombro y señaló hacia el oeste. “Desde donde estamos,

Debes caminar con paso firme hacia el oeste durante la mitad del atardecer, y Mountain Mouth será tuyo. No ser visto u oído en el camino. No te desvíes lo más mínimo; tu rumbo nunca debe vacilar, no sea que rodees la montaña sin darte cuenta. Evítalo todo, mantén tu camino recto y angosto hacia la cueva. ¿Me entiendes?

“Sí, fraile.”

—Y si por casualidad no puedes llegar a la cueva antes del amanecer, debes cubrirte del sol. Si no, cava un hoyo y entiérrate con tierra y piedras. —Odino se inclinó y lo sacudió con firmeza por los hombros—. ¡Esto es muy importante, Lázaro! ¡El sol te matará! ¡Morirás! Lo he visto: ¡es una muerte horrible y dolorosa! Tu carne se convierte en piedra, de arriba abajo, ¡incluso mientras gritas! Y no hay vuelta atrás. El sol será tu perdición, Lázaro; no habrá vida después.

Lázaro no dijo nada. Odino lo liberó. Para el monje, el silencio y la postura rígida del muchacho parecieron una respuesta suficiente.

—Ahora, espero que te alejes de este lugar; solo queda el mal. No mires atrás y no flaquees por nada del mundo. —Odino le arregló la túnica al muchacho. Volvió a inspeccionar el terreno antes de indicarle que siguiera su camino—. ¿Me entiendes?

“Sí, fraile.”

Lázaro caminó hacia un oscuro horizonte occidental; mantuvo la mirada fija al frente mientras gritaba: “¿Y pronto vendrás tras mí, esta misma tarde?”. Su voz se quebró con palabras temblorosas.

«Nos reuniremos en la Boca de la Montaña al amanecer, si el Señor lo permite», le aseguró Odino. «Solo con una fe inquebrantable y una firme determinación sobrevivirás a lo que te espera. Ahora eres un hombre, Lázaro. Eres hijo de tu padre y llevas contigo todas sus cargas y bendiciones. No te dejes llevar por la distracción, la tentación o la confusión. No te apartes de tu camino. Ahora eres Iván. ¡Adelante! ¡Y guarda silencio!»

El muchacho enderezó los hombros y se adentró más en el cementerio. Odino lo observaba desde lejos, mientras la silueta encapuchada se fundía con la oscuridad de la noche. Finalmente, la figura desapareció entre las sombras de un valle cercano. Pasó un instante y un viento del oeste sopló sobre el campo. Solo cuando Odino se aseguró de que el muchacho se había alejado lo suficiente, se desplomó sobre la roca. Debajo de él, lágrimas iluminadas por la luna empañaban el rostro de la piedra. Odino lloraba por Iván, puesto que Iván no podía llorar por su aterrorizado Lázaro; lloraba por Lázaro, puesto que Lázaro fingía ser el «Iván» que no estaba preparado para ser; y lloraba por sí mismo, puesto que jamás podría ser el «Iván» que Iván fue para Lázaro.

Por desgracia, en la soledad de su inmediata soledad, Odino se desmoronó, sintiéndose como un monje gordo desplomado sobre una roca redonda, recomponiéndose para ser una mera mota infructuosa de hombre, abrumado y ahogado en algún gran y terrible diluvio.

un vacío y una añoranza desgarradores, llorando y desahogándose sobre penas ocultas, en medio de un extenso cementerio de abadía, habitado por oídos sordos y muertos hace mucho tiempo.

[ Fin del capítulo 7 ]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

## Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~